Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL ADEREZO

Knossos

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL ADEREZO (Novela de intriga rural)

Premio Miguel Adlert de Novela Corta

Finalista del premio Ciudad de Barbastro

Finalista del premio Castilla-La Mancha

Knossos

Madrid. Konossos, 2012
Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocac@wanadoo.es
D.L.M.2597-2012
ISBN 978-84-940045-0-6

5

EL PUEBLO donde ejerzo la medicina no es gran cosa, pero a mí me gusta. Es un pueblo serrano y, enmedio de un mundo lleno de gases tóxicos de los tubos de escape, todavía puede respirarse allí. No lo cambiaría por otro, y puede servirme de prueba el que llevo casi treinta años viviendo en él; diré que una generación entera ha venido al mundo auxiliada por mis pobres manos, lo cual puede ser un timbre de gloria, o un error.

Era un radiante día de primavera, cuando mi paciente la señora Ramos apareció muerta en su dormitorio, con la cabeza destrozada por una gran piedra, que luego hallaron manchada de sangre en el corral. La mujer tenía sesenta y cinco años cuando murió, diez exactamente más que yo, pero se conservaba bien. Con personas como ella un médico rural nunca hubiera podido subsistir.

La víspera por la noche yo había asistido a una reunión en el ayuntamiento, con el resto de las fuerzas vivas. La reunión terminó más bien tarde, y no resultó demasiado afortunada: uno de los asuntos a tratar era la renovación del alcantarillado, y eso no era cosa fácil en el pueblo. El último convocado se marchó a las doce y media; el último convocado era yo.

Fue una suerte que no permaneciera más tiempo hablando con el alcalde, pues cuando llegué a casa vi que mi asistenta se había quedado dormida con la leche puesta a hervir en el fuego. Siempre le recomiendo que hierva la leche tres veces; es la única forma de terminar con las bacterias y no me fío de los procedimientos modernos. Gracias a una rápida maniobra pude salvar el hervidor.

6

***

Las campanas de la iglesia anunciaban la misa de siete cuando la fiel Rosario llamó con los nudillos a la puerta de mi dormitorio. Rosario es mi asistenta. El eco de las campanadas flotó en el ambiente sofocado por los cortinajes y persianas.

Se abrió la puerta, y entró la sufrida serrana que tiene a su cargo mi cuidado desde que mi esposa murió. La observé disimuladamente, sin moverme, y vi que traía los ojos desorbitados. Aquello me preocupó; la mujer no suele alterarse por nada.

-Despierte, señor -dijo en voz baja. -Ha ocurrido algo horrible.

Todavía me pesaba la cabeza por la discusión de la noche anterior, y sentía en la espalda el pinchazo característico con que el reúma suele saludarme de mañana. No dí señales de haberla oído y ella me agitó suavemente, tratando de llamar mi atención.

-Vamos, despierte -insistió. Yo abrí un ojo.

-¿Qué pasa? ¿Algún aviso urgente? -Ella se secó las manos en el delantal.

-Es la señora Ramos, la solterona -dijo. -Parece que la han asesinado.

Di un salto en la cama, y me lavé y vestí en menos de cinco minutos. Bajé rápidamente las escaleras de madera oscura que dan acceso a mi dormitorio, y que tienen los peldaños desgastados por los años y el uso. Cuando salí de mi casa, acababan de dar las siete. Ordinariamente a esa hora suelo estar durmiendo, pero no hay un asesinato todos los días, y hoy ya había consumido de pie el desayuno que Rosario me había preparado mientras yo me vestía.

Me sirvió el café con tostadas, mantequilla y mermelada como siempre hacía, pero yo me tomé el café bebido y apenas probé el pan. La voz de Rosario me persiguió:

-No ha comido usted nada, doctor. Tiene que cuidarse más. Su difunta esposa se disgustaría si pudiera verlo.

Por desgracia, ella no podía. Inicié la marcha hacia la casa de la señora Ramos; la vivienda era grande y estaba en la calle principal, exactamente en el centro del pueblo. Me encaminé hacia la fachada delantera, pasando ante la tienda de comestibles que estaba cerrada a esta hora. De nuevo sentí el pinchazo que me atravesaba la espalda. Estaba amaneciendo todavía. Vi en la calle a algunas vecinas a medio vestir, y desde luego sin peinar, y entre ellas distinguí a Juana, la sirvienta de la señora Ramos, que era una muchacha desmedrada. Alcé la mano y ella me devolvió el gesto. Pregunté desde lejos:

-¿Qué ha pasado aquí? -Varias vecinas gesticularon hablando todas al mismo tiempo.

-Mi señora está caída en el suelo -dijo la chica adelantándose. -Creo que la han matado.

Entré con toda rapidez en la casa, luego en el dormitorio de la mujer, y cerré detrás de la chica y de mí. No quería testigos. El cuadro que encontré podía haber pertenecido a la más negra de las crónicas. Debí ser el primero que entró en la habitación, después que la sirvienta hubiera despertado a voces a todos los vecinos. A primera vista advertí que era demasiado tarde para hacer nada por la pobre mujer. No la hallé dentro de la cama, sino que se había levantado y estaba caída, toda ensangrentada, sobre la alfombra.

La chica me señaló el cuerpo sin mirarlo siquiera. Juana llevaba un camisón de franela muy ancho, pues todavía no se habla vestido. Todo su cuerpo pareció sufrir una sacudida mientras me miraba ansiosamente; luego con ambas manos se tapó la boca.

-Tranquila -le dije, y vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Me quité la chaqueta y la dejé sobre una silla. Me agaché, le cogí una mano a la anciana y noté que la tenía helada. Cerré los ojos, mareado, sintiendo que el café se agitaba en mi estómago, y la voz de la muchacha se oyó en la semi oscuridad.

-¿Está muerta? -dijo. Yo alcé la cabeza, buscando algún punto de luz.

-Y tanto que está muerta -contesté. -Mejor que a mí, podías haber avisado al cura, o al sepulturero. Ya no hay nada que hacer.

Ella salió precipitadamente, y la oí que hablaba con las vecinas, en la calle. Luego volvió, gimoteando. Se dirigió lentamente hacia la muerta, como si fuera a despedirse, sabiendo que desde aquel momento había perdido su empleo.

-Pobre señora -musitó. -Pobre señora.

Iba a tocarla, pero yo la detuve. Se había echado por encima una bata muy fea, que debía haber sido de la señora Ramos. La ventana entreabierta proyectaba ahora un débil rayo de luz sobre la alfombra, teñida de rojo. Los muebles aparecían bañados de un suave resplandor rojizo.

A pesar de todo nada aparecía revuelto allí; la ropa estaba en orden, aunque la anciana parecía haber ofrecido una cierta resistencia. Decidí poner el hecho en conocimiento de la guardia civil.

-Avisa al puesto -dije a la chica, volviéndome. -Que vengan cuanto antes, yo aguardaré aquí.

Me daba cuenta de que ella temblaba como una azogada. Me miraba, esperando alguna clase de explicación: no se la di.

-Vamos, márchate. ¿Qué haces ahí, como un pasmarote? -Ella miraba a todas partes: los muebles, el juego de tocador de carey, el papel de las paredes, todo menos el cuerpo muerto.

-¿Qué tengo que decirles? -preguntó, confusa. Yo me impacientaba, mientras ella permanecía allí de pie, sin moverse.

-Dí lo que quieras, pero véte de una vez.

Sentí una opresión en las sienes. Me mordí los labios mientras observaba la cara de la mujer bañada en sangre, y los cabellos blancos pegados a la frente. La cabeza me daba vueltas, y con dificultad podía coordinar las ideas. Una vez fuera la muchacha, noté que me flaqueaban

las rodillas.

-Me estoy haciendo viejo -dije para mí.

No podía pensar. Sin embargo, tenía que hacerlo, tenía que iniciar un reconocimiento más a fondo. El cuarto se llenó de improviso de pequeños ruidos aterradores, que se percibían cercanos y claros. Me senté al borde de la cama y traté de poner orden en mis ideas.

-Definitivamente, me hago viejo -confesé en voz alta. Me pasé el pañuelo por la frente, hasta conseguir librarme del sudor pegajoso que corría por ella, sin que notara el más mínimo calor.

***

En todo el tiempo que llevaba en el pueblo, y aunque mantenía con la señora Ramos una buena amistad, apenas tuve que tratarla como paciente. En realidad, como tal sólo la había visitado una vez, ya que disfrutó siempre de una buena salud. Hacía poco más de un año, en el mes de abril, me habían avisado para que la atendiera: había sufrido un envenenamiento por “amanita falloides", seta común en estos lugares, pero suficientemente conocida por nuestras gentes.

Cuando yo entré en el dormitorio en aquella ocasión, la figura desmadejada de la señora Ramos se reflejaba en el alto espejo de la coqueta de líneas anticuadas, mostrando los ojos hundidos y los labios sin color, sobre una tez verdosa.

Tenía el cabello blanco suelto sobre la almohada, sujeto tan sólo por una cinta de seda también blanca. Llevaba puesto un camisón de raso azul ribeteado de encaje, el mismo que tenía puesto ahora manchado de sangre. En aquella ocasión tomó mi mano y la sostuvo en la suya.

-No pienso morirme todavía, doctor -me dijo, jadeante. -Tengo demasiadas cosas que hacer. -Aspiró hondo antes de hacerme la siguiente pregunta y una oquedad apareció en su garganta. -¿Han sido las setas, verdad? Quién iba a imaginarlo.

Pestañeó, respirando apenas por causa de la opresión que tenía que

sentir en el pecho. Yo saqué del maletín el *fonendo* y el aparato de medir la tensión; la observé un momento, y pregunté:

-¿Preparó usted misma las setas? -Ella apenas movió la cabeza.

-Eso debía haber hecho, y no estaría como estoy.

Mientras la auscultaba vi que trataba de mirarse en el alto espejo inclinado en la pared, que deformaba su imagen haciéndola parecer demasiado estrecha, el tronco absurdamente largo y las piernas desproporcionadas. Le hice algunas preguntas, a las que contestó con voz débil.

Al parecer, la criada había recogido las setas un domingo por la tarde, y las había guisado, porque a la anciana le gustaban mucho. Gracias a que me avisaron con urgencia y a la fuerte constitución de la paciente, logré que se salvara. Le apliqué suero glucosado, y pedí que me mostraran los restos de las setas. Contenían veneno. Fue entonces cuando comprobé lo fuerte de su carácter, y al mismo tiempo su gran temple; tanto, que hubiera logrado sacar de quicio a cualquiera.

-No podrán conmigo unas miserables setas -aseguró.

Cuando la oí hablar, me di cuenta de que estaba decidida a vivir. Pero observando su rostro vi la nariz aguzada y los pómulos hundidos, y llegué a dudar que lo consiguiera. Aunque era una mujer entera y muy reposada, el movimiento de sus manos era claramente convulsivo. Desde el primer momento tuve la convicción de hallarme ante algo que no entendía.

-Ahora tiene que hacer todo lo que yo le diga -indiqué. -Convenía que viniera a cuidarla una enfermera. -Ella asintió, sin fuerzas.

-Está bien, si se empeña -dijo. -Aunque no creo que sirva para nada.

El envenenamiento comenzó tardíamente, con una incubación previa de doce horas, como suele suceder en estos casos. Había empezado con trastornos gastrointestinales, que recordaban los síntomas del cólera: diarrea y una ardiente sed. Si no hubiera tenido con eso bastantes referencias, la mujer sufría otros síntomas de envenenamiento por falina:

padecía cefalea y somnolencia, y una profunda postración, aunque conservaba su lucidez. Noté en ella los síntomas de una ictericia grave.

Durante unos días la seguí tratando. Se produjeron crisis separadas, con períodos de calma. Finalmente pudo sobrevivir, sin grandes lesiones en el hígado y riñones, y conservando en buen estado su sistema nervioso y la médula espinal. En realidad, el diagnóstico había sido fácil.

Vino de la ciudad una enfermera. Era alta y rubia, algo llena de carnes, pero proporcionada. Aparentaba unos veinticinco años y tenía la cara alargada, y un curioso estilo anticuado que le daban un par de trenzas rubias alrededor de la cabeza. Aquel día ella misma me franqueó la entrada; como siempre me dirigió una amable sonrisa.

-Pase, doctor -dijo, haciéndose a un lado. -Ahora mismo iba a servirle un caldo a la señora.

Vertió una olorosa sopa en el tazón, y la puso sobre una bandeja que tenía preparada. Cubrió la taza con un plato de postre. Yo la seguí hasta el dormitorio de la anciana.

Entró de puntillas. Al acostumbrarse mis ojos a la penumbra vi claramente las facciones de la enferma: su nariz aguzada, los labios fruncidos y el cabello recogido en la nuca con la cinta. Dormía apaciblemente, como un niño.

-Da pena despertarla -dijo la enfermera, descorriendo la cortina. -Pero luego no duerme por la noche.

La mujer pestañeó. Estaba recostada en un almohadón, el cuarto era cálido y el olor de la colonia le daba una agradable atmósfera. Aquella muchacha tenía un talento natural como enfermera, y todo brillaba a su alrededor.

-Vamos, arriba -le dijo, al tiempo que le tendía ambas manos, y sonrió de forma que aparecieron dos hoyuelos en sus mejillas. Ella miró a derecha y a izquierda con ojos inquietos, sin verla.

-¿Qué pasa? -gruñó. ¿Es que no voy a poder dormir lo que me dé la

gana?

Estaba cubierta con una colcha color rosa, y las sábanas eran de hilo, blancas como la nieve. Reflexionó un momento, y luego dijo con bastante firmeza, pero muy pálida:

-En realidad, a estas horas podía estar muerta.

-Pronto podrá pasear por las calles del pueblo -le dije. Ella habló sin mirarme.

-Nunca he paseado por las calles del pueblo -contestó. No veo por qué tendría que hacerlo ahora.

Estudié la cara de la joven, y no vi en ella más que amabilidad. La mujer se quejó.

-Hace aquí demasiado calor -dijo, porque no tenía otro pretexto para lamentarse. Era cierto, la habitación estaba demasiado caldeada.

-Abra un poco la ventana -dije yo, y la enfermera siguió mi indicación ante la mirada de la señora Ramos, que añadió:

-Y limpie el polvo de la coqueta, lo puedo ver desde aquí. No ponga la alfombra tan lejos de la cama, por si tengo que levantarme. -Luego dijo, moviendo la cabeza: -No es fácil acabar con esta vieja, ¿verdad, doctor? Todavía tengo que dar mucha guerra en esta vida.

La interrumpió enmedio de aquellos comentarios un ataque de tos, y un violento temblor la sacudió. Se recostó en las almohadas, exhausta.

Después de una corta visita, salimos. La puerta se cerró suavemente, y nos detuvimos en el pasillo.

-Tiene recaídas -dijo la enfermera con desaliento. Yo asentí.

-Es natural -indiqué.- Es uno de los síntomas del envenenamiento por setas.

Un olor a naftalina me recordó tiempos antiguos, ya casi olvidados. La chica me miró, preocupada.

-El sobrino de la señora quiere irse -me dijo en voz baja. -Ella no lo sabe todavía. -Yo contesté en el mismo tono:

-Hablaré con él. Veremos lo que se puede hacer.

***

Al día siguiente, la enferma había tenido una espectacular mejoría. Cuando entré en el dormitorio estaba de pie ante el espejo de pared, y la vi reflejada en él. Se había peinado cuidadosamente con un moño en la nuca, y parecía complacida con su aspecto. En la cara se había dado unos fragantes polvos de arroz. Después de observarme a través del espejo, indicó:

-Doctor, puede sentarse. Hágalo donde quiera.

Sobre la solapa del vestido llevaba prendido un broche antiguo que no era ninguna fantasía.

-Está usted muy guapa -le dije. -Todavía podría encontrar un buen marido. -Ella torció el gesto.

-¿Para qué querría yo un marido? -Sonrió un momento, mostrando una dentadura demasiado uniforme para su edad. Luego añadió, con una sombra de melancolía: -Sólo me traería complicaciones. Eso son cosas para la gente joven.

Suspiró. Era evidente que la buena señora no tenía la menor intención de hallar un compañero a estas alturas. Yo añadí, sin desalentarme:

-Está Márquez, el notario -le dije. -Estoy seguro de que se sentiría muy contento si le dejara compartir su vida con él.

Ella no se inmutó. Miró un anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha, y extendiendo el brazo observó el efecto de la sortija en su mano blanca y gordezuela, con dedos de alargadas uñas.

-Aquellos tiempos pasaron -dijo con una cierta tristeza. -Ya no anidan pájaros en estos viejos nidos.

Alzó la cabeza y me miró escrutadoramente. Quizá dudaba si era yo lo bastante discreto como para callar una confidencia. Luego añadió:

-La hija del notario hubiera podido ser la mía. Pero en fin... agua pasada ya no mueve el molino.

La enfermera salió del cuarto de baño. Acababa de lavarse las manos, y se disponía a ir a la cocina cuando la señora le ordenó con voz imperiosa:

-Ya está bien de caldos y esas porquerías. Quiero mi comida, como siempre. -Ella se volvió.

-Está bien -dijo, sin resentimiento alguno. Yo arrugué el entrecejo.

-No debe cometer excesos todavía -le dije. -Procure seguir el régimen que le he puesto. La señorita la cuida muy bien.

Conocía lo suficiente a la señora para saber que le molestaban las visitas, y, además, tenía yo demasiadas cosas que hacer. Di un vistazo a la enfermera cuando salía, y vi que tenía unas bonitas piernas. Nada en ella resultaba vulgar, y con su peinado anticuado me parecía mucho más agradable y refinada que cualquiera de las chicas del pueblo. Hablaba poco y sonreía mucho, y no se permitía confianzas. Me disponía a irme, y comenté con la anciana:

-Una chica estupenda. Ya no se ven muchas así. -Ella repuso, con un gesto de condescendencia:

-También lo cobra bien, no lo olvide. -Luego, sus ojos se fijaron en un pequeño reloj de pulsera. -He citado en casa a mi antiguo pretendiente -dijo con sorna. -Comprenderá que no pienso iniciar ahora relaciones con él. Se trata de otra cosa, cuestión testamentaria...

Temí que la enfermedad hubiera perturbado su mente. Cuando hablé, lo hice escogiendo con cuidado las palabras.

-No pensará desheredar a su sobrino -dije. -Es hijo de su hermana. -Ella me miró. Había cogido una hoja de papel escrita, la arrugó y la retuvo en la mano, clavándose las uñas en la palma.

-A veces, la misma sangre es la más venenosa -dijo. -Y yo no tengo ninguna prisa por morir.

La había comprendido. Aquella mujer había ido directamente al grano. Moví la cabeza.

-Usted sabrá lo que hace -le dije.

Rectificó cuidadosamente la posición de la descalzadora, como si se tratara de un quehacer muy importante. La enfermera volvió con la bandeja, y la depositó sobre la mesa baja. Vi cómo mi paciente estudiaba con cuidado los alimentos, y pareció complacida. Tenía delante un plato de verduras con carne. Al lado habla un gran tazón lleno de café solo y negro.

-Muchos van a llevarse chasco en este pueblo -dijo.

Observó por encima del guiso humeante cómo la enfermera colocaba adecuadamente las zapatillas en el ropero. Luego dio un profundo suspiro, como si le molestara que la chica tardara tanto en abandonar la habitación. Le indicó que saliera, con un movimiento de la mano.

-Diga a Juana que tenga preparada la tarta para el cura -indicó. -Va a mandar a buscarla por la tarde.

La enfermera asintió. Abandonó el cuarto, y la señora Ramos prosiguió animadamente:

-Hay que pensar en todo en esta vida -dijo. -Ese pobre sacerdote está dejado de la mano de Dios.

Rió su propio chiste. Para la edad que tenía, resultaba hermosa; llevaba un vestido de seda negra, y una gargantilla de aljófar adornaba su garganta.

-Yo tenía un proyecto desde hace muchos años -dijo, y su forma de hablar era rápida, positiva. -Pero ahora tengo que pensarlo mejor. No puedo confiar en que cada cual haga lo que debe en todo momento.

Continuó su charla, respirando entrecortadamente en su excitación. Luego alargó la mano, alcanzó la pera del timbre y apretó el botón.

-Quiero quedarme sola -dijo simplemente. Yo asentí, con toda tranquilidad.

-Le conviene estar reposada -le dije. -Y no se preocupe por nada. Todo se arreglará.

Se puso en pie, y se quedó frente al espejo con la sonrisa de antes convertida en una expresión de solemnidad.

-Las cosas cambian en la vida -dijo. -Muchas que están claras un día, no lo están al siguiente y menos un año después.

-Luego, extrañamente, se echó a reír. Yo me dirigí a la puerta.

-Bien, si me necesita puede llamarme a cualquier hora. -Ella me miró con ojos agudos. Contestó:

-Espero que no tenga que necesitarlo.

Al salir del dormitorio, oí conversar fuera. La enfermera volvía a recoger la bandeja con los restos del almuerzo, y estaba hablando con el sobrino de mi paciente. Él era un mocetón moreno, de cabello rizado. Sacaba un papel del bolsillo y se lo entregó. Luego se volvió a saludarme.

-Ah, vaya, doctor -dijo, tendiéndome la mano. -Ha hecho usted milagros con la enferma. -Yo moví la cabeza.

-Nada de eso -contesté. -Cualquiera hubiera podido curarla. Es una persona muy fuerte.

Luego, él se despidió con una cierta precipitación y subió al desván con el pretexto de recoger su escopeta de caza, que según dijo estaba guardada en un arcón. Dijo que iba a repararla en condiciones. Su voz sonaba como un eco en mis oídos, y podía ver los ojos sombríos y las pobladas cejas de su padre, aquel hombre que lo había abandonado cuando era sólo un niño, dejando tan destrozada a la madre que no tardó en morir. Fue cuando su tía, la señora Ramos, se había hecho cargo del hijo de su hermana muerta. Por el camino hacia mi casa, fui recordando aquella romántica y triste historia de amor.

***

Hasta entonces, nunca su sobrino Alberto se había separado de ella. Fue con motivo de la enfermedad, cuando la mujer curó por completo, cuando el muchacho marchó a la capital. Me lo encontré cerca de la era; llevaba unos zahones y una zamarra de cuero, y su tez estaba curtida por

el sol.

-No aguanto más en el pueblo -me dijo. -Voy a cambiar de aires durante una temporada. -Me tendió un paquete de tabaco con aire cansado, y yo lo rechacé. Luego dijo: -Mí tía está más inaguantable cada día que pasa.

Después no volví a verlo en casi un año, hasta que acudió a los funerales de la anciana. Oí que le iban bien las cosas en la ciudad; era un tipo con don de gentes, y se había introducido al parecer en las altas esferas, gracias a algunos antiguos conocidos de la familia.

Precisamente el día en que se celebraban los funerales de la señora Ramos, el atrio de la iglesia del pueblo estaba lleno de vecinos que habían acudido a los actos religiosos. Vi a Alberto hablando con el cura y el alcalde, y cuando me vio inició una sonrisa, mostrando sus dientes de una gran perfección.

-Ha sido una cosa horrible -le dije, y él no dejó de sonreír.

-Bien, muerto el perro se acabó la rabia -contestó. Yo lo observé, entre escandalizado y sorprendido.

-No es una forma correcta de hablar de una difunta, y menos si lo ha criado a uno -le dije, sin poder ocultar mi indignación. Él pareció azararse, como si lo hubiera cogido en falta.

-Era una broma -dijo, enrojeciendo. -En el fondo, era una buena mujer.

El sacerdote había acudido, y oyó las últimas palabras. Dijo:

-Todos sabíamos que era una buena mujer. Su asesino no conoce el temor de Dios. No tiene perdón lo que han hecho con ella -agregó en tono apagado. -Una buena cristiana, eso es lo que era. Y una feligresa modelo. El que la ha matado no tiene perdón.

El funeral transcurrió luego sin ningún incidente. Vi al fondo de la iglesia a la enfermera, que había acudido expresamente al acto desde la ciudad. Hacía un año que había cuidado a la anciana, y su presencia allí me recordó escenas pasadas. Algo me extrañó en su aspecto: se había

cortado las trenzas, y su aire era más moderno y desenfadado.

-Cuando lo supe, no me lo creía -dijo en un susurro, mientas el sonido de las voces y el arrastrar de los pasos sobre el entarimado llenaban la iglesia.

-Eso nos ha sucedido a todos -contesté, mirándola interesado. Llevaba un vestido verde muy ceñido. Nunca la había visto así, y no obstante se mostraba abatida.

-Habría que colgar al que lo hizo -añadió, mirándome a través de sus rubias pestañas. -Ha sido un crimen horrendo.

No tuve tiempo de asentir. Un grupo nos había desplazado, y tuve que oír cómo dialogaban unos y otros acerca de lo sucedido. Como la tía había dejado todas sus posesiones al asilo de los Viejos del Monte, cosa que no extrañó demasiado a los vecinos dado el carácter de la muerta, el sobrino se marchó del pueblo sin aguardar siquiera a la noche.

Unos días después tuve que entrar de nuevo en la casa; reinaba un silencio mortal, y abrí con aprensión la puerta del dormitorio, que chirrió. Los fantasmas parecían habitar allí como si hubieran alquilado la vivienda.

No era tan tonto como para creer en los espíritus, y más teniendo en cuenta que fuera brillaba un sol espléndido. Pero me sentí muy aliviado cuando, después de recoger unos papeles, me vi fuera de la casa. Hasta que no me hallé en la calle no volvió la claridad a mi mente, ni mi alterado sistema nervioso se aquietó.

***

Habían sido unos días de gran alboroto en el pueblo. Nunca habíamos tenido un crimen aquí, y aunque nadie parecía sentir demasiado la falta de la anciana, todos fueron afectados por las brutales condiciones del hecho. La policía judicial, llegada desde la ciudad al efecto, empezó con las pesquisas desde los primeros instantes. Tres hombres, uno de ellos vestido de paisano, bajaron del coche policial para subir a la casa. Unos minutos más tarde, yo estaba con ellos.

Me dirigí al más alto de los tres, y me miró con ojos inquisitivos, como preguntándose quién sería yo. Los otros eran anchos y huesudos, y llevaban uniforme. Me presenté como facultativo, por lo que me tocó informar sobre los detalles médicos de aquella muerte.

-Puede entregarnos su informe -dijo el más alto, que llevaba una chaqueta floja. Era un hombre esquelético, de piernas de cigüeña y nariz larga y ganchuda. A todo esto yo permanecía de pie enmedio de la habitación, en el mismo lugar donde había yacido el cadáver, sintiéndome incómodo bajo su mirada.

-Hallé manchas de color oscuro en torno al cuello de la víctima, lo que me indicó que había habido un conato de estrangulamiento -indiqué. -Seguramente, la mujer pudo librarse de su agresor, por lo que éste tuvo que emplear un objeto contundente.

El policía flaco era un hombre práctico, y nada impresionable. Se colocó las gruesas gafas sobre el puente de la nariz.

-Hubo premeditación -afirmó en forma tajante. -La persona que la mató había traído consigo la piedra. Nadie pudo volver al exterior y cogerla, y luego volver y golpear con ella a la señora. La víctima hubiera tenido ocasión de pedir socorro.

Tenía razón. Quedamos en silencio, mirando las manchas de sangre que habían quedado en la alfombra.

-Las lesiones eran claramente homicidas -añadí. Él preguntó con brusquedad:

-¿Cuál fue, exactamente, la causa de la muerte? -Yo cavilé un instante antes de contestar. Luego dije:

-Una larga fisura oblicua, que atravesaba la región parietal izquierda. Había otras varias fisuras, provocadas por golpes violentos en la frente, capaces por sí solos de producir la muerte.

Sentía yo la cabeza pesada y la mente entumecida por la fatiga y la tensión de las últimas horas. La curiosidad brilló a través de las gafas de

concha.

-¿Cuánto tiempo hacía que estaba muerta cuando la encontró?

Yo me quedé pensativo de nuevo. Era peligroso emitir una opinión a la ligera.

-El estómago estaba vacío, por lo que la comida última se remontaba a varias horas antes -indiqué. -El estado de la vejiga demostraba también que la muerte no se produjo en las primeras horas de la noche. -El hombre asintió con la cabeza.

-Siga -dijo. Yo miré alrededor. Estaba deseando salir de aquel dormitorio. Haciendo un esfuerzo, continué:

-También puedo asegurar otra cosa: cuando la hallaron, hacía dos horas que había muerto. Sus miembros estaban fríos, y la piel comenzaba a apergaminarse. Había comenzado la rigidez, que empieza a partir de la tercera o cuarta hora.

-¿Qué deduce de todo ello? -preguntó el hombre alto. Los otros estaban al extremo de la habitación, en una zona sombría, enfrascados en una discusión acerca de las manchas. Yo apreté los labios, pensativo. Luego dije:

-La mujer cenó a las nueve de la noche. Supongamos que a las dos había terminado de hacer la digestión. Pudo morir a esa hora, y no mucho antes, porque en ese caso la rigidez se hubiera extendido a toda la musculatura esquelética, cosa que sucede de seis a ocho horas después. Yo más bien diría que habían pasado cuatro horas solamente. Digamos que murió sobre las tres de la madrugada. Aproximadamente, claro está.

El policía de paisano había empezado a desplegar una hoja escrita a máquina que sacó del bolsillo. La extendió ante mis ojos.

-Este es el informe del forense -indicó. Luego empezó a leer: -Heridas en cuero cabelludo y erosiones en brazos y manos. Abertura en la caja craneal. Extensa implantación sanguínea bajo el cuero cabelludo en la región parietal izquierda. Trituración ósea, con hemorragia en las

meninges -leyó rápidamente. -¿Está de acuerdo con el informe de su colega? -añadió, mirándome. Yo asentí.

-Sí, desde luego. Es más o menos lo que yo he dicho, aunque con otras palabras.

-Una muerte chapucera -dijo él, con expresión adusta. Yo dije que sí con la cabeza.

-Un crimen verdaderamente brutal.

Él asintió a su vez, mientras iba apareciendo en su rostro una expresión satisfecha.

-Se ha hecho el examen de ropas y vestidos, y se han buscado manchas de barro -dijo, guardando el papel en el bolsillo. -Hemos tomado fotografías de todas las huellas de pisadas. También se ha sacado el plano de la casa.

Yo no dije nada. Él añadió, dirigiéndose a sus subordinados:

-No descuiden ningún indicio. Necesito impresiones digitales, un fósforo, la ceniza de un cigarrillo, un trozo de papel... Cualquier cosa puede ser importante.

De nuevo permanecimos en silencio unos instantes, observando el trabajo meticuloso de los dos policías. Miré el espejo alargado, y no pude evitar un estremecimiento. Recordé vivamente a la mujer; me parecía estarla contemplando echada en la cama, muy quieta, como en el día del envenenamiento. Podía ver su rostro en el espejo inclinado, sobre la coqueta pasada de moda. Me volví al policía.

-¿Puedo marcharme ya? -pregunté. -Tengo varias visitas que hacer, y algunas son urgentes. -Sonreí cansadamente, deseando de veras que no advirtiera mi inquietud. Él me devolvió una rígida sonrisa.

-Desde luego, puede marcharse -dijo. -Se le avisará si es necesario para el esclarecimiento de los hechos. -Tendió ambas manos en un gesto de impotencia. -Creo que ya no tengo más que hacer en esta habitación.

Cuando sus compañeros lo hubieron registrado todo, hasta debajo

del papel que protegía el fondo de los cajones, los tres hombres abandonaron el cuarto. El más alto se volvió hacia Juana, la criada, que aguardaba fuera.

-Pueden limpiar la sangre -dijo. -Ya no hace falta para nada.

Yo me excusé de nuevo y fui hacia la salida. El hombre flaco me acompañó, pero volvió a entrar en la casa, cerrando de golpe la puerta.

Me sentí aliviado al hallarme de nuevo en la calle, y me dí cuenta de que en presencia de aquel hombre no podía pensar con claridad. Bajé apresuradamente por la acera, diciéndome a mí mismo que era una suerte que este tipo de cosas no ocurrieran más que muy de tarde en tarde por aquí.

***

Se desechó la idea de un asesinato por lucro. También el robo con homicidio, ya que nada parecía faltar en la casa. En cuanto a la herencia de la señora Ramos, tampoco parecía motivo para el crimen.

Quedaba el asesinato por cobertura: documentos probatorios de una deuda, plazos que vencen, pueden dar lugar a un crimen sin móviles aparentes. Podía tratarse quizá de ocultar un hecho punible, o existir el temor a la denuncia por algún delito cometido. Pero ninguna de estas teorías parecía sustentarse sobre una base firme.

-Éste va a ser un caso difícil -me dijo el juez, cuando estaba en el coche para volver a la ciudad. Yo no pude por menos que asentir.

-Está todo demasiado oscuro -dije.

Al fin, nuevos datos se añadieron a los ya conocidos. Habían hallado unos cabellos en la mano de la víctima, y hechas las correspondientes pruebas periciales resultaron pertenecer a Juana, la criada de la señora Ramos, a quien no le faltaban motivos para el crimen, según estimó la policía. El móvil, al parecer, era la venganza.

Yo no podía explicarme que ella hubiera cometido el asesinato, pero no obstante fue detenida. Al principio negó todos los cargos. El comisario

la miró fijamente; había reunido en el lugar del hecho a los escasos testigos.

-Hemos sabido que tu novio estuvo en la casa aquella noche -le dijo. -Alguien lo vio salir. -Por primera vez, la respuesta de la chica fue vacilante.

-Él no hizo nada, se lo juro -dijo. Luego se echó a reír nerviosamente. -No pudo hacer nada, porque no se separó de mí.

Quizá habían sacado de mentira verdad. Ella, ruborizada, no podía ocultar su vergüenza. Yo la escuchaba desde la puerta; había entrado sin hacer ruido, y me situé al lado de uno de los policías de uniforme. El comisario insistió.

-Vamos, cuenta cómo lo hicisteis.

La chica apretó los labios, como si pensara que con callar iba a verse libre de la acusación. A mí la situación me dejaba perplejo. El comisario siguió con sus preguntas, tratando de sorprenderla en una contradicción, de abrir una brecha en su mutismo. Las manos de la chica hacían y deshacían la lazada de su delantal.

-Yo no sé nada -repetía.

Luego, cuando iban a llevársela, abrió sus cajones, eligió unas prendas de ropa interior y unos zapatos nuevos y brillantes. Los guardó en la bolsa con todo lo demás.

Salió al vestíbulo y miró el cuarto de la anciana, ya vacío. No decía nada. No era el silencio de alguien que es culpable, sino el triste silencio del recelo.

Yo había oído algo dentro de la habitación, o tal vez había simplemente imaginado oír toser al comisario. Por eso, cuando di la vuelta al pasillo y me encontré con la puerta del dormitorio cerrada, no pude evitar un suspiro de alivio. La chica salió rígidamente de la casa, arrastrando sus zapatillas en chancletas.

-¿Estás preparada? -preguntó el comisario. -Ella asintió tristemente,

y luego escondió la cara entre las manos.

-Yo no he hecho nada, se lo juro -repitió. -Yo quería a la señora.

Por un instante se quedó como petrificada, de pie a la entrada de la vivienda, con su mano crispada sobre el asa de la bolsa. Luego vaciló, y apoyó la espalda en el muro de la fachada.

-¿Qué va a pasar con mi novio? -preguntó. -¿Lo dejarán en paz?

Vi que las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas, y los dedos seguían aferrando la bolsa de plástico. Respiraba con dificultad, con los labios ahora entreabiertos y el rostro sin expresión. Yo me acerqué y la tomé de la barbilla, obligándola a alzar la cabeza.

-Yo te creo -le dije. -Haré lo que pueda por librarte de esto.

Me miró como en trance, como quien acepta lo inevitable. Se había dominado de manera admirable durante el interrogatorio, pero de pronto empezó a gritar:

-¡Yo no lo he hecho! ¡Busquen al asesino, por favor!

Un policía aguardaba sentado al volante de la furgoneta, oprimiéndolo con sus manos enguantadas. Miré a la chica: estaba pálida y sus ojos observaban cautelosamente alrededor. Todos la estábamos mirando, y ella parecía defenderse del examen. Su voz, al hablar, estaba agudizada por el temor.

-¿Me matarán? -preguntó, volviéndose hacia mí. Yo negué con un gesto.

-De ninguna manera -dije. -Hoy no matan a nadie. Y saldrás pronto, ya lo verás.

El chillido tenebroso de un ave atravesó la mañana. El viento sopló desde la era, y me pareció que la chica tiritaba bajo la ropa. Le tendí la mano y ella me dio la suya, y no pude sostenerla mucho tiempo porque la mía también temblaba demasiado.

-Ten confianza -repetí.

Parecía no tener más lágrimas. Entró en el coche como atontada,

apretando entre los dedos el pañuelo que yo le había dado, y con la mirada fija en la cabeza del conductor. El comisario se acomodó a su lado, en el asiento trasero.

-Lo tendré al corriente de todo -me dijo por la ventanilla abierta. Yo solté el picaporte y el coche arrancó. Comencé a caminar, de tal forma que mi andar debía parecer el de un hombre borracho. Me parecía tan inocente, tan simple y aniñada que no estaba dispuesto a creer en su culpabilidad. Todo eran contradicciones en la historia.

Me sentí cobarde por no haberla defendido con más energía, pero tampoco hubiera adelantado gran cosa. No obstante, cuando vi partir el coche me alegré de poder volver a la diaria rutina. Se trataba de un asesinato a sangre fría. Ello daba un aspecto morboso a todo aquel asunto, pero hasta en el asesinato podían existir causas eximentes. La locura, por ejemplo.

Dos mujeres aguardaban al final de la calle. Una tendió la mano en un gesto de despedida. La otra amenazó con los puños en alto.

-¡Ojalá la cuelguen! -gritó. -Parece una mosquita muerta, pero es una criminal.

***

No lo he contado todo. No soy muy hábil con la pluma, y siempre tropiezo con la dificultad de saber en qué momento debo comenzar la narración, si dando prioridad a los hechos principales, o bien a los antecedentes.

-Eres muy malo para redactar -me decía mi difunta esposa, moviendo la cabeza. -En fin, los médicos por lo general sois así -añadía, resignada. -Debe ser algo que va con la profesión.

Acababa de recibir una carta de la muchacha, en que me amenazaba con matarse. No quise romperla, y la guardé en un estuche en el bargueño del vestíbulo. Intentaba tranquilizarme a mí mismo. Tal vez no fuera demasiado tarde, la gente escribía notas de suicidio y luego seguía

viviendo por un tiempo antes de llevarlo a la práctica, o quizá no lo llevaba nunca. Podía ser una forma de llamar la atención. De todas formas, había decidido comunicárselo a la policía, aunque seguramente lo sabrían ya. Sólo ellos podían poner los medios para impedirlo.

Iba a cerrar la tapa del bargueño, cuando vi el joyero de mi esposa, medio oculto entro otros objetos. Lo desempaqueté con cuidado, quitando el nudo del cordón rojo que lo ataba y le daba el aspecto de un paquete corriente. Una vez abierto saqué unos pendientes de perlas y una sortija haciendo juego. Estaba guardándolo de nuevo cuando me sobresaltó la voz de la asistenta a mi espalda.

-Esa chica no ha hecho nada, señor. Tengo la completa seguridad de que es inocente. Ya pueden tener cuidado con ella, no vaya a matarse.

Me volví a mirarla, con la boca abierta.

-¿Por qué dice eso? -Ella hizo un gesto vago.

-Aquí hay mucho misterio -repuso. -Las cosas no son lo que parecen. Y si no al tiempo, señor. El tiempo acaba por descubrirlo todo.

Se acercó al bargueño ya cerrado, y le pasó el polvo con una bayeta. Luego añadió:

-Debía meter en el banco las alhajas de la señora, que Dios tenga en su gloria. Hay demasiados maleantes sueltos por ahí.

-Quizá tenga razón -dije yo.

***

Todo el mundo en el pueblo estaba trastornado. El crimen conlleva una serie de factores arcaicos, y referencias irracionales con la vida anímica del hombre. Existe por un lado la viva repulsión hacia el hecho criminal, y por otro una atracción innegable que no puede explicarse calificándola de insana o morbosa.

En fin, no quiero andarme por las ramas, y sigo con lo que trataba de relatar:

Tengo que empezar por decir que la anciana tenía en la planta baja

un oratorio, como es corriente en las casas de cierta importancia de por acá, y donde nadie más que ella entraba.

-Hay sitios que son demasiado personales -decía. -Sitios de recogimiento, donde cualquier extraño sobra.

Hasta tal punto era de esta opinión que ella misma se ocupaba de limpiar allí, renovar los manteles de altar, tener a punto las velas y rellenar el aceite de la lamparilla.

-Son cosas delicadas -decía. -No son para una mano cualquiera. Ahora, las jóvenes no sirven para esos detalles.

Le había prohibido a la criada que entrase, y la señora por el contrario se pasaba allí las horas muertas, frente a una imagen de la Virgen de la Sierra que había mandado colocar sobre una elevada peana, encima del altar.

-Es la imagen más antigua de la comarca -se complacía en decir a las escasas visitas que venían de la ciudad. Recuerdo que el antiguo párroco, un hombre anciano de cabello blanco, sonreía complacido.

-En manos de nadie estará más segura -afirmaba, y ella enrojecía de contento, bajando la mirada, apurada por lo directo de la alabanza. -Hoy en día, la ermita no tiene vigilancia suficiente- añadía él, sin poder ocultar un cierto resentimiento hacia el alcalde. -Cualquier ratero, en un momento de descuido la podría robar.

Mientras, la visita de turno escuchaba atentamente, asintiendo de vez en cuando y mostrando interés aunque no lo sintiera.

Hacía años, con motivo de la entronización, la prodigalidad de la señora Ramos había causado general asombro. Hasta los más ricos del pueblo no estaban habituados a semejantes dispendios. Hubo comida extraordinaria para todos los ancianos y monjas del asilo, y se trajeron flores desde la ciudad. Fui invitado en la ocasión. El viejo párroco había asistido al acto, y cuando se disponía a marcharse ella sacó un grueso billetero y fue contando hasta varios miles de pesetas de entonces.

-Tenga, para los pobres de la parroquia -le dijo.

***

Era, según pude comprobar con todo detenimiento el día del crimen, una imagen muy antigua, seguramente gótica. Me extrañó en aquella ocasión que la virgen no llevara más que uno de los dos pendientes de un aderezo de plata y marquesitas, que brillaban como partículas aceradas. Yo sabía que el aderezo estaba completo el día de la entronización.

-Es extraño -observé. -¿Cuál será el motivo de que falte el pendiente?

El nuevo párroco del pueblo me dijo lo que yo ya sabía: que su antecesor le mandó la virgen a la señora Ramos en agradecimiento por unas obras que pagó en la iglesia. El párroco actual no tenía más de treinta años, y era fofo y demasiado calvo para su edad. Pensaba yo que sus virtudes serían más recias que sus carnes.

-A pesar del carácter de la señora, nunca dejó de ser caritativa -me dijo en aquella luctuosa ocasión, cuando todavía el cuerpo de la anciana no había recibido sepultura. Alzó los brazos al cielo, como si la despidiera. -Dios la tenga consigo -añadió con pesadumbre. Parecía abrumado por no haber tenido ocasión de ofrecerle los auxilios espirituales en vida. En realidad, tampoco yo había podido ofrecerle los míos. La tos del párroco interrumpió mis cavilaciones.

-No merecía la pobrecilla una muerte así, violenta y sin sacramentos -agregó.

Los curiosos comenzaban a cansarse de hacer conjeturas, y abandonaban el lugar. Yo asentí sin decir nada, y él continuó:

-Nunca olvidaré lo que mi predecesor me contaba acerca del acto de la entronización -dijo, secundando mis anteriores pensamientos. No me molesté en decirle que yo mismo lo había presenciado, y él continuó: -Al parecer, cuando la anciana recibió en su casa la imagen, le hizo una acogida solemne. Para ello acondicionó este oratorio, en el lugar que

ocupaba el antiguo gabinete de la casa...

Parecía muy alterado por la reciente emoción del crimen. Yo intenté hablar, y me interrumpió varias veces. Finalmente, conseguí decir:

-Yo asistí al acto de la inauguración.

Él no pareció oírme. Se apoyó contra el muro, con la boca apretada en una línea fina y los ojos cerrados; luego añadió, en tono dolorido:

-Encargó el altar, la peana y todo lo necesario en una tienda de objetos religiosos, la mejor de la capital.

El aire estaba cargado de olores asfixiantes a productos químicos y cera quemada, y vibraba con los gritos de los chiquillos en la calle. Él aguardó un momento, y luego dijo:

-Ella le puso el aderezo de plata y marquesitas. No es una joya de valor material -se apresuró a aclarar-, pero sí lo tenía sentimental para ella. Se lo puso a la virgen, que lo lució desde entonces.

Eso ya lo sabía, y estaba deseando salir de allí. Me sentía ahogar. Miré la imagen sobre su pedestal, y al lado la temblona luz roja de la lamparilla.

-Un detalle simpático -comenté, por decir algo. -Y ahora ella ha muerto, a manos de un criminal.

-Pero un día el aderezo desapareció -dijo el párroco, con un ligero carraspeo. -La señora entró en el oratorio, como todos los días, y se quedó consternada al observarlo.

-¿Quién lo cogió? -preguntó el empleado de la funeraria que se había unido a nosotros y escuchaba con la boca abierta. Él se volvió, moviendo la cabeza.

-Nadie había podido entrar en el oratorio sin antes pasar por la habitación de la señora -dijo. -Solamente la chica, Juana, hubiera podido hacerlo.

Juana ya no estaba allí, pensé, se la acababan de llevar detenida, acusada de la muerte de la señora Ramos. Yo lo miré.

-Esos detalles no los conocía. -Él asintió solemnemente. Tenía gotas de sudor en la frente, y bajo la nariz.

-Fue el verano pasado, durante las fiestas del pueblo -concretó.

Ahora me daba cuenta; debió suceder durante unos meses que pasé fuera por motivos de la profesión. Él siguió hablando despacio. Un tic nervioso había aparecido en sus labios.

-Nadie puede entrar por ahí -señaló.

Miré el ventanuco pequeño y alto, y vi que era redondo y tenía cristales de colores. Nadie hubiera podido entrar, verdaderamente, a no ser un gato; por desgracia no parecía éste el caso. El sacerdote se quitó el sudor de la nariz con la punta del dedo.

-La propia anciana salió a denunciar el hecho -dijo. -Recuerdo aquella escena. Los vecinos la vieron atónitos atravesando a grandes pasos la plaza del pueblo, envuelta en su chal de lana negra, sujetándolo contra el pecho. Yo mismo la vi -añadió el sacerdote, pensativo. -Pero no me detuve a hablar con ella, porque me habían avisado para asistir a un moribundo.

-Yo no estaba por entonces -dije. -No me enteré de lo ocurrido. -Él prosiguió:

-Era cosa extraña, ya que no solía salir a la calle, y menos sola. La vi cuando tomaba el sendero que lleva al cuartelillo de la guardia civil.

Yo asentí, y él inició un oscuro carraspeo.

-Fue durante las fiestas -repitió. -La señora no había dicho nada a nadie, ni siquiera a la criada, por lo que la autoridad pudo efectuar un registro minucioso en la habitación de la chica.

-¿Encontraron lo que buscaban? -pregunté, interesado. Ahora recordaba haber oído algo al respecto, pero tengo fama de no ser una persona curiosa, y de respetar la vida de los demás. Él negó con un gesto.

-No, pero sí lo encontraron en casa del novio de la chica.

Yo conocía al muchacho, y sabía que había estado en prisión con una condena de seis meses de arresto mayor. No era alto, pero sí musculoso y robusto; su piel era cetrina, y su abundante cabello rizado tenía reflejos rojizos. En sus ojos había un destello de viveza que nunca lo abandonaba.

Recordé también las ferias del pueblo. Mientras duraban, la calle principal se transformaba en una fiesta continua, que duraba las veinticuatro horas del día. Por la noche, la carretera asfaltada se convertía en una improvisada pista de baile. Los coches eran desviados hacia la estación de ferrocarril y giraban a la izquierda en lugar de entrar en el poblado, subiendo por una carretera terrosa paralela a la vía. Me sobresaltó la voz del párroco, que hablaba ahora con gravedad.

-El chico, como usted sabe, era peón y echaba jornadas en los pueblos vecinos. Aquello fue un verdadero escándalo -añadió el hombre, consternado. -A la chica no le hicieron nada, porque era menor.

-Es cierto -asentí. -Ahora lo recuerdo. Yo estaba fuera todavía. -Él siguió hablando, como si no me hubiera oído.

- ...y porque la anciana, dando muestras de sólida piedad, pidió que la dejaran conservarla con ella.

Hablaba en tono solemne; yo no sabía qué decir, y él continuó: -Aquello le serviría de escarmiento para no fiarse de un sinvergüenza, como me dijo la señora. Pero ya ve, la chica no parece haber escarmentado.

-¿Cómo probaron la complicidad de la muchacha? -dije yo. Él se miró los dedos con aire pensativo.

-Estaban sus pisadas en la sabanilla del altar.

Recordé que a mi vuelta la había encontrado extraña. Parecía haberse quedado muda, y llegó a preocuparme su estado. Hasta llegué a pensar que se había quedado embarazada, pero me equivoqué. No había nada de eso, enseguida pude comprobarlo. Con el paso del tiempo

la chica seguía con su cuerpo desgalichado, como siempre.

-No habló con nadie, hasta que al novio lo dejaron suelto -recordé en voz alta. Él asintió.

-Como la joya no era de gran valor, él estuvo solamente unos meses en presidio -dijo el párroco en voz baja. -El aderezo volvió a su lugar, excepto uno de los pendientes, que no pudo encontrarse.

Como digo, no suelo meterme en la vida de los demás sino lo estrictamente necesario, a lo que obliga mi profesión; bastante trabajo tengo con atender a mis pacientes, que son los vecinos de cinco pueblos de la comarca, donde tengo que llegar en caballería. Pero no dejé de estar al tanto de lo que después sucedió.

Esto fue, que el único que salió perjudicado allí fue el novio de la chica, lo que dio pie a la policía para pensar en un asesinato por venganza. Un día se me presentó en la consulta. Iba con el rostro descompuesto y me habló impulsivamente.

-¿Qué pasa en este maldito pueblo? ¿Es que piensan que estoy apestado? ¿Nadie tiene un trabajo, ni siquiera un recado que dar?

Me dio la sensación de que había cambiado mucho en pocos meses, desde que yo me ausenté. No sabía aún que había estado en la cárcel, por eso no podía explicarme lo extraño de su conducta. Llevaba con él a la muchacha.

-¿Qué le pasa a Simón? -le pregunté. Ella intentó explicarse, miró a su novio, y volvió la vista hacia otro lado. Parecía que no pudiera emitir un sonido. Los ojos de él habían perdido su viveza, y mostraban una expresión desagradable.

-Cuéntame qué te pasa -le dije. -Vamos, sentaos los dos. -Él me miró con rencor. Tenía el rostro ceniciento y los labios agrietados.

-¿Usted está del lado de todos los demás?

Quise tranquilizarlo, y en buena parte lo conseguí. El desdichado joven volvió a lamentarse.

-Hace meses que no tengo trabajo -dijo, abrumado. -Y no sólo en el pueblo, sino tampoco en la comarca. Nadie me da trabajo. Habíamos pensado casarnos, pero no puedo ni pensar en eso.

Lo miré. Él tragó saliva con dificultad.

-Veremos lo que se puede hacer -le dije. Entonces la muchacha sonrió.

-Que Dios se lo pague, doctor. Es usted muy bueno.

Lo tuve de mandadero varios días. Estaba haciendo el traslado de la casa que tenía en la ciudad, y hubo que hacer varios viajes con una furgoneta. Él llevaba los cestos de libros y los cargaba, y una vez trasladados volvía a descargarlos y me los subía a la planta superior. Pero la mudanza se acababa, y la ansiedad había vuelto a su rostro cuando vino a decirme:

-Ya está todo, doctor. Tiene que pagar al transportista.

Movía las manos nerviosamente, y puse en ellas un puñado de billetes para el dueño del coche, y otro para él.

-Está bien -le dije. -Estamos en paz.

Traté luego de proporcionarle otra cosa, pero tampoco mis medios eran muchos. Tuve que inventarme incluso algunas necesidades, con tal de poder ayudarlo sin que pareciera una limosna.

Él no hablaba nunca del motivo de su detención, ni yo tampoco se lo pregunté, porque ya sabía todo acerca del robo. Estaba seguro de que no era un mal muchacho, y desde luego no era ningún criminal. Quizá, en caso de necesidad, hubiera podido realizar pequeños hurtos.

Traté de restituirle su prestigio, diciendo a unos y a otros que no desconfiaba de él. Pero malas lenguas decían que lo habían visto rondar las casas del pueblo por la noche, y que no prometía nada bueno.

Los hombres de la funeraria estaban retirando las tablas y adornos fúnebres de casa de la señora Ramos. Alguien dejó caer un tablón cerca del oratorio, y el ruido me sacó de mis cavilaciones. Me había quedado

solo y salí, resbalando por culpa de la cera que se había derramado en el suelo. Pronto me hallé en el corredor, y casi eché a correr hacia la calle, despertando ecos en la casa vacía. Di la vuelta a la esquina, y entonces sí que eché a correr.

***

Todo el mundo hablaba del asesinato, y cada cual pretendía aportar algún conocimiento propio al tema. En las tiendas, en el salón del ayuntamiento, en la partida del café, todos tenían algo que decir. Me veía incapaz de zafarme del acoso de mis convecinos, y no digamos nada de mis pacientes en visitas profesionales.

-Yo estaba a dos pasos cuando la mataron -decía una de las mellizas cuarentonas, que aún se creía en estado de merecer. -Qué calamidad -suspiraba. -Dormía pared con pared de la señora Ramos cuando ocurrió.

Su hermana asentía. Eran como dos gotas de agua, con cuarenta años cada una.

-Es cierto -afirmaba con calor. -Hay que ver, una mañana tan hermosa como se prometía, y lo que sucedió. Yo fui quien oyó a la chica cuando salió a la calle dando gritos. Decía: Por favor, por favor, vengan a la casa, por favor.

Las dos mellizas eran hermanas del marqués. Él venía de cuando en cuando al pueblo, por visitarlas y dar una vuelta a sus fincas. Pero ellas, extrañamente, habían fijado su residencia allí. Daba la sensación de que tenían miedo a salir de aquel lugar, que las había cobijado cuando niñas. Vivían en la calle principal, en una vieja casa con escudo.

La melliza que estaba enferma dio fe de que su hermana decía la verdad. Luego añadió de su cosecha:

-Yo no me levanté, la verdad. Había pasado mala noche con el reúma, y apenas podía moverme -me lanzó una mirada, como si yo hubiera inventado los padecimientos reumáticos en lugar de ser una víctima de ellos. -Los vecinos que vieron a la chica decían que tenía cara

de loca, o que lo estaba, pero luego vieron manchas de sangre en el camisón, el mismo que la señora Ramos le había dado.

Su hermana asintió parsimoniosamente.

-Yo la vi primero -dijo con orgullo. -Me fijé en las manchas. Vi al ama del cura que se dirigía hacia la iglesia. Iba a misa de siete, y le pregunté: ¿Ha visto eso? Va en camisón por la calle, y además con manchas de sangre. Vaya una desvergonzada.

La del reúma suspiró entrecortadamente.

-Luego, no tardaron en presentarse los demás -agregó, como si se lo hubiera oído muchas veces a su hermana. -Llegó usted, doctor, y detrás varios hombres del pueblo. Después llegaron guardias. Ay, qué calamidad.

Yo no decía nada. A mi lado estaba el marqués, que había llegado un par de días antes conduciendo un antiguo modelo de automóvil de importación, lleno de bocinas y cromados. Él era el mecenas que contribuía cada año a dar brillantez a las fiestas. Él ofrecía en navidad regalos para los ancianos del asilo, y proveía de carbón y leña a las monjas. También les enviaba cestos de uvas y garrafas de mosto. Se dirigió a mí con el ceño fruncido, mientras salíamos de la habitación.

-¿Quién llevó a cabo el reconocimiento de la muerta? -preguntó. Yo miré a la ventana con un poco de inquietud.

-Yo reconocí el cadáver -le dije. -Tuve que hacerlo, a falta del médico forense. Luego, en la ciudad se hizo un informe más exhaustivo.

Era cierto. Me había visto obligado a realizar la autopsia, cosa que me desagradaba en extremo y no había realizado desde varios años atrás, en ocasión de que un hombre cayera despeñado por el desfiladero. Vi que la melliza sana nos había seguido, como si no quisiera perderse un ápice de la conversación. Fue ella quien diagnosticó por mí.

-La cena de la señora Ramos estaba casi digerida en su estómago -dijo, con aire de eficiencia aprendida. -Por eso, el doctor estableció la

hora del crimen después de las dos de la mañana.

Nos perseguía como una sombra; pero habíamos salido a la calle, y el marqués cerró la puerta en sus narices. Preguntó, interesado:

-¿Qué hay del novio de la chica? He oído que pasó la noche en la casa. -Yo asentí.

-Un examen rutinario de las sábanas en la cama de la sirvienta, dio a conocer a la policía que el novio había pasado recientemente algún tiempo allí. Eso les sirvió para sonsacarla, y ella misma declaró su presencia en la noche del crimen. -Él afirmó despacio. Aventuró:

-Fue él quien la mató, ¿no es así?

-Eso es lo que dice la policía -admití sin mucho convencimiento. -Al parecer, la anciana tuvo tiempo de saltar de la cama, y según ellos de agarrar a la cómplice por los pelos... -El marqués terminó la frase.

-Entonces, él descargó el terrible golpe -dijo gravemente. Era un hombre apergaminado, algo más viejo que yo, y daba la sensación de no tener en su cuerpo una partícula de grasa. Tenía el pelo demasiado canoso para su edad, en algunas zonas casi blanco. Su nariz estaba provista de un agudo caballete, de corte papal.

Yo no le di la razón. Me limité a decir:

-Eso afirma la policía. Según ellos, había motivo y oportunidad. Podía tratarse de una venganza, para lo que la chica habría abierto la puerta a su novio durante la noche.

-Todo concuerda -dijo con vehemencia el marqués, tendiéndome una mano delgada de uñas muy pulidas.

***

Me convocaron a la lectura del testamento, porque la anciana me había nombrado su albacea. Una mujer de oscuro me abrió la puerta en casa de Márquez, el abogado-notario, a las afueras del pueblo. Era una de las mejores viviendas de toda la comarca, con aire de chalet burgués. Estaba hecha de piedra, y el gran portón oscuro se abrió silenciosamente.

Un cartel improvisado, decía: “Despacho, los martes”.

Me introdujo en un saloncito y, cuando el notario llegó, yo estaba examinando un grabado en la pared. Oí su voz firme tras de mí.

-Buenos días -me dijo. -Ha sido muy puntual.

Me volví, sobresaltado, y me encontré ante el hombre alto y pálido que conocía de siempre. Aún así, nunca nos habíamos tuteado. Sabía yo que había tenido que cumplir sesenta y siete años, porque era un par de años mayor que la fallecida. Había entrado sin hacer el más mínimo ruido, y su aspecto resultaba impecable.

-Suelo serlo -dije con ironía. -Eso, cuando me dejan mis pacientes. -Él me invitó a pasar a su despacho.

-Un caso lamentable éste -dijo con dignidad. Era una pieza oscura, que en cierto modo recordaba el oratorio de la señora Ramos. Los muebles eran severos, adornados con cabezas de guerreros y tallas diversas. Los cortinajes eran color granate, muy pesados, y la mesa que servía de escritorio estaba abarrotada de papeles. Se sentó tras la mesa, y añadió: -La pobre María, quién iba a decirlo.

De momento, me quedé confuso. Debo reconocer que no recordaba el nombre de la muerta; en realidad, nadie la llamaba por su nombre de pila. Era la señora Ramos para todos, aunque nunca hubiera estado casada. Ramos era el apellido de su padre. Quizás, el haberse hecho cargo del sobrino le había dado un aura de maternidad.

-Es verdad -afirmé, convencido. -Por cierto, no he visto al muchacho. ¿No ha venido a la lectura del testamento?

Él contestó tranquilamente.

-Debe conocer el contenido del documento, porque no se ha molestado en hacer acto de presencia. -Ante mi mirada de extrañeza, añadió: -Es un mala cabeza. Hubiera dilapidado en poco tiempo el capital.

Vi, reflejado en la vitrina de cristales, cómo se abría la puerta tras de mí. Apareció la hija del notario con un vestido de lunares. Era una chica

bonita, con una melena castaña y un cierto aspecto enfermizo.

-Buenos días, doctor -me dijo. -Así que es usted el albacea.

Yo asentí, sonriendo. La conocía desde niña.

-Así es -contesté, mientras ella se aproximaba y me besaba en la mejilla.

El abogado se inclinó sobre la mesa, con los dedos suavemente apoyados en el borde. Había ocupado un gran sillón frailero, mientras que yo me había sentado en una silla de alto respaldo.

-Cuando quiera, podemos empezar -me dijo. Luego se volvió hacia su hija. -Acércame aquélla carpeta -indicó. -Aquélla gris, con las esquinas negras.

-La chica se acercó a la mesa con la carpeta gris en la mano. La dejó sobre el montón de papeles.

-Si no me necesitas, me voy -le dijo a su padre. -Quiero llegar a la ciudad antes de que cierren las tiendas. -Él la miró un momento, y había en sus ojos un brillo de ternura.

-Ten cuidado en la autopista -aconsejó. -Ha habido varios accidentes estos días.

La muchacha se despidió alzando la mano. Recostándose en el sillón, el notario tomó el abrecartas y rasgó un sobre grande y amarillo. Empezó a leer el testamento, donde María Ramos declaraba dejar todos sus bienes muebles e inmuebles, así como sus tierras en el pueblo, al asilo de ancianos. Apenas había leído la mitad del documento, cuando lo interrumpí.

-¿No hereda nada su sobrino? -pregunté. Él hizo una mueca desdeñosa, y deliberadamente inició la operación de limpiar sus lentes, no hablando hasta haberlos devuelto sobre su nariz.

-Nada, de nada -afirmó, tajante.

Me pareció que había enrojecido, y luego sus mejillas se tornaron cenicientas conforme avanzaba en la lectura. Al final cerró la carpeta de

golpe, con el sobre dentro.

-¿Es todo? -pregunté, y él afirmó en silencio.

Sin una palabra más, retiró la carpeta dejando sobre la mesa la copia destinada a mí como albacea. Con un profundo suspiro se volvió desde la estantería de oscura madera, tallada con cabezas de guerreros. Yo carraspeé.

-Debió ser hermosa cuando joven -dije, pensativo. Él me miró de arriba a abajo.

-¿A quién se refiere? -preguntó. Yo me sobresalté de nuevo.

-Me refiero a María Ramos -le dije, un poco avergonzado. -Pienso que tuvo que ser francamente hermosa.

Pareció haberse esfumado el aire de eficiencia profesional de aquel hombre, dando paso a una expresión dolorida. Vino, y acercó una silla a mi lado, en forma amigable.

-Lo era -dijo, y su voz estaba velada por la emoción.

Hablamos de las cosas del pueblo, y de los jóvenes que preferían marchar a la ciudad. La edad media de los vecinos se elevaba cada vez más, en forma alarmante.

-Pronto no quedarán más que los viejos -indiqué. Él procuró ocultar su desaliento con un ademán.

-Quizá sea un fenómeno reversible -dijo. -Quizá nuestros nietos, si es que los tenemos, sientan la necesidad de volver a sus raíces.

Parecía cansado. Sabía yo que había disfrutado poco tiempo de la vida matrimonial. Su esposa, una belleza sudamericana hija de emigrantes españoles, lo había abandonado dejándolo con la niña muy pequeña.

-Cuando no tengan más remedio -dije yo. -Cuando la ciudad los expulse a ellos.

La idea debió parecerle poco generosa, y la desechó.

-No exactamente -dijo. -Algo tiene que quedar en ellos de amor por

el lugar donde vivieron sus mayores.

-Es usted optimista -le dije, sonriendo.

Él se había levantado. Tomó una carpeta del estante superior, y repasó su contenido. Luego se volvió, diciendo:

-Algo me hace pensar que no llegaré a conocer a mis nietos.

***

Supe luego que el sobrino de la señora Ramos estaba negociando con las monjas la compra de la casa, por muy poco dinero.

-Han venido albañiles de fuera -me dijo Rosario, mientras recogía la mesa. Me miró agudamente, como si quisiera sondearme, y añadió: -Últimamente lo veo más delgado, doctor. Es claro, no prueba usted el pan en las comidas.

Por ella supe que estaban haciendo importantes modificaciones en la vivienda. El oratorio desapareció, y quedó incorporado a un gran salón en la planta baja.

-Están poniendo calefacción de agua caliente -me dijo la mujer asombrada, mientras me estaba sirviendo una mañana el suculento desayuno. -Todo el papel de las paredes lo han cambiado a gusto de él. También han cambiado las cortinas, y las tapicerías.

Inmediatamente una gran variedad de sonidos se posesionaron de la casa; cada cierto tiempo, y hasta altas horas de la noche, podían oírse músicas y risas. La virgen de la Sierra volvió a su capilla, y con ella el aderezo de plata y marquesitas, a falta de un pendiente.

-Es una imagen linda -decían las mujeres, santiguándose. -Y es bueno que haya vuelto al lugar que le correspondía. Creen los ricos que todo puede comprarse con dinero, pero lo sagrado no puede tocarse, nunca jamás.

***

No soy hombre que crea en los milagros, pero no tengo más remedio que admitir ciertas curiosas coincidencias que explico por el juego de las

estadísticas. No ha sido la primera vez en mi vida que he tropezado con la casualidad.

-A usted lo persiguen los duendes -me dice Rosario, mirándome como a un bicho raro. -Debía usted haber nacido en viernes santo. ¿Sabe que los nacidos ese día son un poco brujos?

Eso no son más que puras casualidades -trato yo de explicarle. -Es que me fijo un poco en las cosas.

Ella guarda silencio, pero menea la cabeza como si otra le quedara por dentro.

En una de las humildes casas que hay en el arrabal del pueblo, hacia la sierra, vive un leñador con su familia. Además de sus cuatro hijos tenía con él un sobrino, un niño de ocho años que tuvo una hermana soltera. Se llama Elías. Su madre se fue un día a la ciudad a colocarse de criada, y nunca más volvió por el pueblo.

-Buena criada está esa -decían las mujeres. -Siempre fue desahogada, desde que le salieron los dientes se moría por unos pantalones.

-Pobre chiquillo -me decía Rosario, suspirando. -Gracias a que tiene a su tío.

El niño es deficiente, y suele sentarse a la puerta de la escuela a ver cómo entran y salen los otros chicos del pueblo.

-Elías, ¿cómo es la O? -le preguntan. Él forma la letra con el índice y el pulgar unidos, y los mira a través de ella. Entonces, en el mejor de los casos, le tiran caramelos; otras veces no son más que papeles o trozos de tiza, que él recoge y guarda cuidadosamente.

Es un chiquillo con un fuerte raquitismo, que representa menos edad. Yo he solicitado para él varias veces una plaza en instituciones benéficas, pero siempre me la han denegado.

-Tenemos casos sangrantes en extremo -me dicen. -El niño, según el informe, tiene familia y cariño. La vida del pueblo es más sana para él

que la de la ciudad.

Quizá tengan razón, o al menos eso hace que me consuele de mi fracaso. En el fondo, creo que el muchachito es feliz, enmedio de sus animales y con sus paisanos. Es simpático y cariñoso, y las monjas del asilo me habían prometido llevárselo con ellas en cuanto cumpliera los diez años.

-Comprenda, doctor -dijo en cierta ocasión la superiora. Es muy niño, y nosotras tenemos demasiado trabajo con nuestros ancianos. No podemos cargarnos con esa responsabilidad.

La superiora es una mujer de edad, que hace virguerías con las pocas ayudas que recibe; así que la herencia de la señora Ramos supuso para ella y sus viejos la solución de muchos problemas. Es pequeña, de piel blanca y transparente, y sus ojillos azules y agudos están casi ocultos entre finas arrugas.

-Y yo lo comprendo -le dije, resignado. -Esperemos a que crezca, hasta que pueda serles útil en la cocina o en la casa. Él encontrará un lugar adecuado, y a ustedes puede hacerles algún pequeño servicio.

Lo que no dije, es que yo también me sentiría más tranquilo, habiendo salvado mi responsabilidad.

***

Bien, fue una noche cuando me llamaron. Vino a buscame el leñador, y me llevó a su casa, donde el niño tonto se quejaba de fuertes dolores. Se agarraba el vientre y tenía inflamado el abdomen, por lo que enseguida pensé en un ataque agudo de apendicitis.

-¿Hace mucho tiempo que está así? -pregunté. Él me dirigió una mirada dolorida. La esposa del leñador lo había cogido en brazos y lo apretaba contra sí, envuelto en una manta. El niño respiraba fuertemente. Le acaricié las mejillas, que ardían.

-Ayer noche ya le dolía -dijo la mujer con desaliento. -Le he puesto calor, pero no se le pasa.

-Vaya -dije, y me pasé la mano por la frente. Si algo temía eran los remedios caseros de aquellas gentes; no me cansaba de insistir en que se limitaran a avisarme cuanto antes. Ella me miró, ansiosa.

-¿He hecho mal? -me preguntó en voz baja. Yo no le contesté.

-Hay que hospitalizarlo cuanto antes -indiqué.

Echamos al niño en el catre y lo estuve auscultando. Tenía el vientre timpanizado. Salí del cuartucho preocupado por el cariz que había tomado aquello, y la mujer salió tras de mí.

-Esta mañana empezó a vomitar -dijo, accionando. -Estaba doblado cuando lo encontré, apoyado en la banqueta.

-No dejen que se mueva de la cama -le dije. -Y, desde luego, no le pongan calor ni le den nada de comer ni de beber. Voy a avisar a una ambulancia para que venga a buscarlo.

Entré un momento a ver al chico, y me encontré con sus ojos brillantes de fiebre.

-Pronto te pondrás bien -le dije con una sonrisa, aunque dudaba que me comprendiera. El leñador pareció percatarse de que algo no marchaba bien en absoluto.

-¿Es muy grave, doctor? -preguntó en voz baja. Yo vacilé.

-Parece apendicitis -dije. -Hay que llevarlo cuanto antes a la ciudad.

-Ha pasado el día muy inquieto, y delirando -dijo él. Yo no quise reprocharle nada; lo consideré inútil.

-Es natural -asentí. - Tiene mucha fiebre.

Antes de irme le inyecté un antibiótico. La mano de la mujer temblaba mientras me tendía una toalla. Me miró un momento, frunciendo las comisuras de la boca.

-¿Va a morirse? -preguntó.

-Espero que no -dije, desconcertado. -Todo depende de la rapidez con que pueda hacerse la intervención. Habrá que hacer análisis y radiografías.

***

Desde aquí se precipitaron los acontecimientos. Puse una conferencia al lugar más cercano que contaba con instalaciones adecuadas, y aquella misma noche una ambulancia vino a buscarlo.

El especialista me mostró las placas. Yo las miré, extrañado. Un pequeño objeto parecía haberse alojado en el estómago, y por el tamaño y la forma parecía ser una insignia o un pequeño broche. Él se adelantó a mi pregunta.

-Se ha tragado este pequeño objeto metálico, con una púa curvada que se ha incrustado en el epigastrio -señaló. -Es lo que le ha provocado la inflamación y los fuertes dolores. -Yo asentí.

-El niño está falto de defensas -dije. -Quizá una criatura bien alimentada no hubiera sufrido los mismos daños. -Él afirmó, volviéndose.

-Exactamente -dijo. -Los análisis demuestran que hay una fuerte anemia en el chiquillo.

Tuve que volver al pueblo, dejando a Elías en buenas manos. Luego, cuando el pequeño enfermo estuvo repuesto, el cirujano me mandó con él una carta, y acompañándola un envoltorio de algodón.

Mientras yo lo desenvolvía, él me miraba ansiosamente. Luego, cuando lo tuve en la mano, se abalanzó a cogerlo.

-Espera, pequeño -dije, esquivándolo. -¿Quieres tragártelo otra vez? -Me dirigí a Rosario, que se había apresurado a quitarle sus ropas viejas, y a ponerle una camiseta mía que le servía de camisón.

-He decidido que el muchacho pase la convalecencia en mi casa -le dije. -En la de sus tíos no pueden darle los cuidados que ahora necesita. -La mujer juntó sus manos como si le hubiera venido un castigo del cielo.

-Válgame Dios -se lamentó. -Era lo que nos faltaba, un incordio como éste.

Rezongando fue hacia la cocina. Yo sabía que su apariencia de mártir no era más que una farsa; en el fondo estaría orgullosa de sentirse

ante todos protectora del pequeño.

-¿Te gusta esta casa? -le dije al niño, agachándome a su lado. -¿Quieres quedarte aquí?

Por su sonrisa vacía vi que había comprendido y que le gustaba la idea. Yo tenía la cara cerca de la suya; de forma imprevista me besó, y sentí la mejilla llena de humedad.

-Eso está muy bien, muchachito -le dije, enderezándome. -Seremos buenos amigos.

Miré el pequeño objeto sobre el algodón donde me lo habían enviado. Tomé el pendiente de marquesitas que brilló entre mis dedos, y lo mantuve en alto para que pudiera verlo; pero esta vez el muchacho no se inmutó. Por el contrario cogió mi mano y la juntó con la suya, como si estuviera comparando el tamaño de las dos. Por fin, cuando estuvo complacido por el resultado de su pesquisa, me miró fijamente y se señaló la boca. Yo saqué un caramelo del bolsillo y se lo dí

-Esto sí se come -le dije. -Pero ten cuidado, no te lo vayas a tragar entero.

Después de observarlo un momento, lo metió en la boca y sus mejillas enrojecieron de placer.

***

Empezó a comer enseguida con apetito, y mejoró a ojos vistas. En la tienda del pueblo le compré alguna ropa, y pronto era difícil reconocerlo. Había dado un estirón; los chiquillos lo miraban con cierta envidia, y él se plantaba a diario ante la escuela con su ropa nueva, sonriente, como si estuviera muy orgulloso de su aspecto y de lo sucedido.

En un primer momento, no quiso o no pudo contestar a mis preguntas acerca del pendiente. O bien no alcanzaba su significado, o se estaba haciendo el distraído. Me miraba, y no hacía ningún gesto.

Decidí no fatigarlo con mi insistencia, guardé el pendiente en el

bargueño para cuando se presentara una ocasión propicia, y no volví a hacer ninguna alusión a la forma en que lo había encontrado, y tragado luego. Procuraba ponerme a su altura, y trataba de que los demás lo hicieran también.

Poco a poco logré enseñarle algunas cosas sencillas, y al mismo tiempo se acabaron las burlas. Rosario se portó como yo había esperado, y no me defraudó. Mientras el niño se desayunaba un espumoso vaso de leche con cacao, ella me miró con expresión de crítica.

-¿Cree que va a hacerse luego a estar en casa del leñador?

Ya había pensado yo en eso, y me preocupaba. También me había inquietado el que lo reclamara su familia antes de que estuviera repuesto, pero esto no sucedió. Ni siquiera acudieron a verlo una sola vez.

Estaba ya en mi casa tan confiadamente como si siempre hubiera estado allí y, sin embargo, yo tenía que tomar alguna decisión al respecto. Algunos días se mostraba alegre y confiado, pero a veces parecía enteramente otra persona, cariñosa, pero triste.

-¿Te pasa algo, Elías? -le preguntaba yo, pero él parecía ausente, como si ni siquiera me hubiera oído. Rosario me dirigía una mirada magnética.

-Es la falta de madre -me decía.

Todas las noches, al acostarlo, tomaba mi mano y se la llevaba a la cara, o la medía con la suya. La repetición no parecía cansarlo, sino al contrario; cada insignificante juego mío parecía ofrecerle el encanto de un nuevo y magnífico descubrimiento.

-Está mucho mejor -decía Rosario, orgullosa. -A este paso, va a terminar por poder ir a la escuela.

Yo sabía que eso nunca podría suceder, al menos en el pueblo; solamente, gracias a una mejor alimentación y cuidado, las cortas luces del chiquillo estaban aflorando ahora. Pero no me hacía demasiadas ilusiones.

-El niño es como es, y así debemos aceptarlo -contestaba yo moviendo la cabeza.

***

El sobrino de la señora Ramos, dueño actual de la llamada casa grande, estaba ausente durante toda la semana. Pero desde que había modernizado la vivienda pasaba aquí con frecuencia sábados y domingos, acompañado casi siempre de algunos amigos, y siempre con chicas de la capital.

-Cada vez viene con una distinta -decía Rosario, gruñendo. -Las tiene de todos los colores: rubias, pelirrojas y hasta negras. Vaya un desahogado -añadía, frotando los dorados con tanto ímpetu como si quisiera borrar los pecados en el alma de Alberto.

-Es natural -decía yo, tratando de contemporizar. -Es la edad propia para eso. ¿Para cuándo quiere que lo deje?

-Me parece que se está pasando -sentenciaba Rosario, mirándose en una bandeja de plata. Luego suspiraba: -Por cierto, doctor, tiene usted demasiadas cosas buenas en esta casa. Un día nos darán un disgusto.

Era su cantinela. Luego se iba a la cocina, rezongando, y yo me sentía momentáneamente liberado. Pero en el fondo agradecía su continua dedicación, pues sin ella nunca hubiera podido desenvolverme solo. Era cierto lo que decía acerca del dueño de la casa grande; varias veces, al pasar por la carretera de vuelta de mi paseo dominguero, ya caída la tarde, miré hacia la casa y vi las luces encendidas en el dormitorio principal. El farol que había en la fachada proyectaba su luz sobre la acera silenciosa hasta altas horas de la madrugada, y a veces seguía encendido cuando amanecía.

Un domingo por la tarde volvíamos el chiquillo y yo de una finca, donde la mujer del colono había dado a luz. Yo en el pueblo he tenido que ejercer siempre de partero, así como de cirujano y forense, si era necesario. La mujer había tenido una hermosa niña.

-Se llamará María del Monte -dijo el padre, satisfecho. -Para eso ha nacido aquí.

De vuelta al pueblo, en el lugar en que el camino secundario enlazaba con la carretera, nos detuvimos un momento a coger unas flores silvestres. Desde allí vimos un coche que se acercaba.

-Ven acá, Elías -dije, tirando del chico. -No vayan ahora a atropellarte.

A pesar de haberse repuesto, aún parecía una pluma por lo ligero. Se cobijó contra mí, mientras el vehículo se acercaba entre la polvareda.

Era un coche gris, y era la primera vez que yo lo veía en el pueblo. El automóvil se había acercado a la derecha, disminuyó la marcha y se detuvo a nuestra altura. Alguien sacó un brazo por la ventanilla, del lado del conductor.

-Buenas tardes, doctor -dijo la voz de Alberto, el sobrino de la señora Ramos. Levanté la mano a mi vez.

Buenas tardes, Alberto -le dije. -¿A pasar el fin de semana?

-A dar una vuelta por el pueblo -dijo él. -Traigo a alguien conocido. ¿Recuerda a la señorita?

Miré a la mujer que iba a su lado, y creo que no pude ocultar un gesto de asombro. Era una chica rubia, y tardé en darme cuenta de que se trataba de la enfermera, tanto había cambiado. Desde el funeral de la señora no la había vuelto a ver, pero no había pasado tanto tiempo.

-Claro que la recuerdo -dije. -Cómo no.

Me incliné, y di unos golpecitos en el cristal delantero, sonriendo. Ella me devolvió la sonrisa, un tanto azarada. Luego volvió a mirar a la carretera. Llevaba un vestido tan llamativo que parecía una modelo.

-¿Quiere que lo llevemos al pueblo? -dijo él.

Yo seguía sorprendido por el aspecto de aquella mujer. Ella trataba de mostrarse indiferente, pero me pareció que estaba muy nerviosa. Le dirigió al compañero una rápida mirada.

-¿No ibas a llevarme al molino? -preguntó. Su tono era suavemente autoritario. Él se encogió de hombros.

-Podemos entrar antes en el pueblo -dijo. -Hay tiempo de sobra.

La observé de nuevo. Era completamente diferente a la muchacha que yo había conocido. En lugar de una enfermera diplomada parecía una actriz de revista.

-Es igual -dije, molesto. -Prefiero ir andando.

Cuando pude darme cuenta, el niño que se había quedado esperando en la cuneta, corrió hacia el automóvil. Empezó a aporrear con sus pequeños puños la portezuela, gesticulando.

-Apártate -le dije, haciéndolo a un lado. La muchacha hizo una mueca desagradable.

-¿Quién es ese niño? -preguntó.

-Es un pequeño paciente del pueblo -contesté. -Durante una temporada lo tengo conmigo.

La encontraba más delgada, y se había cambiado el peinado. Llevaba el pelo muy corto, lo que hacía parecer su cara más estrecha. Me gustaba más con sus trenzas doradas, aunque hubiera parecido entonces un tanto pasada de moda.

-¿No van a subir? -dijo, como dándome un ultimátum. Yo me sentí francamente irritado.

-No hace falta -repetí. -Prefiero pasear un rato. Hace una tarde estupenda y no he caminado apenas hoy. -Luego añadí, tratando de mostrarme amable: -A mi edad, no hay más remedio que procurarse algún ejercicio físico.

El niño había dado vuelta al automóvil, y sin que yo pudiera impedirlo se encaramó en la ventanilla abierta, del lado del conductor.

-Vamos, Elías, ¿qué haces? -dije tirando de él, pero se había aferrado de tal forma al cristal que no pude desprenderlo sin peligro de hacerle daño.

Pero no fue aquello lo que más me extrañó, sino la reacción del hombre. Lo miró con ojos furibundos a través de la ventanilla. Y cosa curiosa: el muchacho se agarró a la manga de su chaqueta, señalándose la boca repetidamente con expresión de súplica.

-Vamos, Elías -le ordené. -No molestes.

Él no me hizo ningún caso. Estaba muy alterado, y tampoco el hombre disimuló su nerviosismo. Empujó violentamente al chaval, de forma que lo hizo caer.

-Quita de ahí -dijo ásperamente. Desde el suelo donde había caído, el niño lloraba y se señalaba la boca.

En el rostro del hombre leí una fría cólera; pensé que lo hubiera golpeado de buena gana, y si no hubiera tenido las piernas trabadas por la portezuela, seguramente le hubiera propinado un puntapié a fin de castigar su atrevimiento. Me parecía una reacción desmesurada. Tragué saliva.

-Perdona -le dije. -Pero el muchacho no puede hacerte nada.

Traté de levantarlo del suelo. Había dejado de llorar y estaba sin aliento.

-Malo -dijo, mirándolo. Se agarró la garganta con una mano, y movió la cabeza poniendo los ojos en blanco. La mujer volvió la cabeza a otro lado.

-Pero, ¿qué hace este niño? -dijo con expresión de repugnancia. -Parece que se ha vuelto loco. -Luego se volvió a mirarme. Sus ojos eran hermosos aunque un tanto insípidos, de un azul muy claro. Hacían contraste con los ojos de un verde intenso de su compañero.

-No sé lo que le pasa -contesté yo, perplejo.

El conductor arrancó de nuevo, y las ruedas chirriaron en la arenilla. Tomó la dirección del pueblo, casi sin despedirse. Abracé al pequeño, que lloriqueaba, y noté que estaba temblando. Apoyado en mí se enjugó las lágrimas con la manecitas, y exhibió en una estúpida sonrisa sus

dientecillos renegridos.

-Mío -dijo, llevándose la mano a la boca.

-Eso está mejor -le dije yo. -Pero no tengo caramelos ahora. Cuando lleguemos a casa te daré una bolsa para ti sólo.

Se abrazó a mis piernas fuertemente, y se hizo tan pequeño contra mí que me hizo sentirme gigantesco. De pronto, supe que tenía la obligación de proteger a aquel ser indefenso y frágil.

-Demonio de niño -mascullé. -No hay quien te entienda.

Se había tranquilizado. Seguimos hacia el pueblo, y aparecieron las primeras casas. Al llegar al cruce de la ermita, el niño se colgó del faldón de mi chaqueta y empezó a tirar.

-¿Te has propuesto dejarme desnudo? -le dije. -¿Qué te pasa ahora?

En vista de que no cedía, no ofrecí resistencia y me dejé llevar hasta la iglesia; frente a la entrada nos recibió un rápido murmullo de alas de paloma.

-Mío -dijo el chiquillo, parándose. Yo estaba asombrado.

-Quisiera saber qué mosca te ha picado, amigo -dije. -No pareces el mismo.

Abrió la puerta, y miró hacia atrás, esperando a que yo lo siguiera. La tarde estaba avanzada, y la penumbra empezaba a adueñarse del lugar. El niño siguió caminando, sin que apenas se oyeran sus pasos, ya que con las zapatillas de esparto apenas parecía rozar el suelo. Se aproximó al altar, y de nuevo se volvió a mirarme.

-¿Qué buscas ahí? -pregunté. -Se nos va a hacer de noche a este paso.

Alzó la cabeza, como si buscara algo en el muro. Luego, andando de puntillas, fue a recoger un reclinatorio y lo llevó arrastrando junto al ara. Antes de subirse se volvió un momento.

-Mío -dijo ufano, pero esta vez no abrió la boca ni se la señaló. Luego, de un ágil salto, se encaramó sobre el altar.

-Vamos, baja de ahí -le dije, tendiéndole la mano. -Verás lo que va a pasar como el cura nos encuentre aquí. A lo mejor nos echa del pueblo a los dos. Quizá nos excomulgue primero.

Susurré la última frase, como si de veras el párroco nos estuviera oyendo, o como si fuera un tanto irreverente para ser pronunciada en el lugar. Luego vi cómo el chico se empinaba, tratando de alcanzar el aderezo que lucía la virgen.

-¡Elías! -grité, y mi voz sonó con tal intensidad en la capilla vacía que el niño se volvió, sobresaltado.

Me quedé inmóvil, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. Entonces la vi: era una pequeña pisada estampada en el blanco mantel. Nuevamente le tendí las manos, y dije:

-Vamos, no tengas miedo. Yo te cogeré.

El niño saltó al suelo, y en lugar de permanecer a mi lado se encaminó hacia el muro de la iglesia y empezó a mirar hacia arriba.

-¿Qué buscas? -insistí. Como esperaba, no recibí contestación. Él siguió mirando alrededor; era como si notara que algo faltaba, y no supiera qué. Después de haber observado los pocos objetos que había en la capilla, deteniendo la mirada en éste o en aquél, en una imagen o una pieza del mobiliario, se quedó muy quieto.

-¿Has terminado? -le dije, y él me dedicó una de sus sonrisas vacías. Me dio la mano, y todavía permaneció así unos segundos, oyendo las palomas que zurriaban en el exterior y el sonido de las esquilas que bajaba desde los montes, mientras mi mano se iba humedeciendo con el sudor de la suya.

-Mío, no -dijo tristemente. Se encogió de hombros, se alejó de mí y fue a sentarse en el peldaño de la entrada. Miraba más allá del camino, hacia el pueblo.

-Vámonos -dije, obligándolo a que se levantara, porque se estaba haciendo de noche. Cuando llegábamos a la carretera, la expresión del

muchacho cambió de pronto. Una ráfaga de miedo pareció atravesar su rostro.

-Malo -dijo, estremeciéndose.

Aquella noche no logré que cenara, parecía repugnarle la comida. Después que yo hube consumido la mía fui a mi cuarto; estaba fatigado, y enseguida apagué la luz.

Todo lo que había sucedido aquella tarde me resultaba muy extraño. Se había levantado viento ahora y silbaba en el monte con un sonido lúgubre. Tardé en dormirme, y pensando comencé a atar cabos: recordé las pequeñas huellas de barro en el mantelillo del altar, y la mirada con que el chaval trataba de hallar algo en el muro de la iglesia. Parecía buscar algo en la pared, algo que tenía que haber estado allí, pero que no estaba.

También repasé la escena del automóvil; la cólera del conductor, y el extraño nerviosismo de la enfermera. Luego, sin saber cuándo ni cómo, me quedé dormido.

***

Me levanté temprano al día siguiente. Era lunes y tenía que hacer varias cosas en la ciudad, por lo que preparé un reducido equipaje y dejé encargada del niño a Rosario, para que le diera un vistazo mientras limpiaba y lavaba la ropa de la semana.

-¿Tardará mucho? -preguntó la mujer, alarmada. Yo prometí que estaría de vuelta por la noche, lo que bastó para tranquilizarla.

-Me da miedo quedarme sola con el niño -dijo, con expresión preocupada. -Temo que le suceda algo malo.

-¿Qué va a pasarle? -dije yo. -Vamos, no tenga miedo.

Era pronto todavía, y aún no había salido el taxi que hacía el trayecto diario a la ciudad. Me acomodé en el asiento trasero, junto a un matrimonio del pueblo. Delante iba un anciano, junto al conductor.

-¿Está usted cómoda? -le dije a la mujer, que iba a mi lado.

Ella asintió.

-Sí, gracias -dijo, y luego añadió, suspirando: -Estamos muy alarmados con mi hermano, doctor. Ha enfermado de repente, y temo que no lo encontremos vivo.

No supe qué decir. En aquel momento el tren silbó, al tiempo que el coche tomaba la curva. El taxista consultó la hora, y yo lo imité. Eran las ocho y diez de la mañana.

-Hoy el tren llega con retraso -dijo él.

Miré por la ventanilla, y vi cómo el último vagón desaparecía por la boca oscura del túnel. El taxi giró lentamente para tomar la carretera principal. El motor resonó potente, como si hiciera acopio de fuerza. Era un coche demasiado viejo y trajinado.

-Creo que tendremos un buen día, no demasiado caluroso -dijo el chófer, y nadie contestó. Estaba mediado el verano; fuimos sin hablar apenas, cada cual hundido en sus propios pensamientos. Un observador hubiera podido pensar que nunca nos habíamos visto, y éramos todos vecinos desde hacía treinta años.

-Se me está haciendo eterno el camino -suspiró la mujer. Su esposo puso una mano sobre la suya.

-No te preocupes -dijo. -Llegaremos.

Al fin los edificios grises de la ciudad se alzaron ante nosotros. De lejos, todos eran iguales; al acercarse, iban cobrando personalidad.

El taxista consultó el reloj nuevamente; pensé cuántas veces lo miraría al día. Habíamos tardado más de lo habitual, ya que la circulación en algunos puntos era densa por ser principio de semana. Para mí, el tiempo tenía hoy mucha importancia: tenía varias cosas urgentes que hacer, y todas por la mañana.

El matrimonio dejó el coche en una barriada extrema, y poco después lo hizo el anciano. Yo lo ayudé a bajar, y me acomodé junto al conductor. El anciano se detuvo en la acera.

-Me quedaré con mi hija unos días -le dijo al taxista. -Le avisaré cuando tenga que venir a buscarme. -Él asintió con flema.

-Hágalo la víspera, al teléfono del bar -indicó. Una vez solos en el coche, le di una dirección.

-Eso está hacia la parte norte -dijo él, después de consultar una guía. Cerró de golpe la portezuela, y el taxi arrancó. Cruzamos el centro de la ciudad, y en una calle estrecha redujo la velocidad y se detuvo.

-Creo que hemos llegado -me dijo el hombre, agachándose para mirar fuera. Le di las gracias, y quedé para volver al pueblo, donde era costumbre.

-En la plaza mayor -dijo él, ayudándome a abrir la portezuela, que estaba trabada. -A la hora de siempre.

El edificio que tenía ante mí era una mezcla de arquitectura anticuada y moderna, con los inconvenientes de ambas. Subí un par de escalones y entré en un vestíbulo destartalado; las paredes estaban pintadas en un marrón descolorido, y había un hombre detrás de una ventanilla. Alzó la cabeza y me miró.

-¿Qué desea? -Yo me desabroché el cuello de la camisa, y asomé la cabeza. Tenía calor.

-Quisiera ver al forense -dije. Él arrugó el ceño.

-¿Se refiere al jefe de servicio? -preguntó. Yo asentí con un gesto.

-Yo también soy médico -le dije, y no pareció tomarlo en cuenta en absoluto. Se levantó con desgana, arrastrando la silla.

-Aguarde un momento -dijo en tono de fastidio.

Mientras esperaba repasé mentalmente lo sucedido en casa de la señora Ramos, desde el día en que la visité por el envenenamiento por setas. Sí, casi todo parecía coincidir; sólo había un detalle que no encajaba en aquel rompecabezas. El funcionario volvió y se detuvo ante la mampara de cristal.

-Puede pasar -me dijo, indicando el camino y volviendo a su trabajo.

No tuve que hacer más que unas sencillas gestiones, que resultaron más simples de lo que pensé en un principio. El forense apareció detrás de un biombo, secándose las manos en una toalla; era un antiguo conocido y colega, y pareció alegrarse de encontrarme.

-Mucho tiempo sin verte -me dijo, tendiéndome la mano, húmeda todavía. Era un hombrecillo menudo, de una pulcritud que rayaba en afectación. Sus ademanes eran rebuscados. Tenía unos ojos grisáceos de mirada astuta, y su forma de vestir era un tanto extravagante. Siempre había sido así, desde la universidad.

-Estoy demasiado ocupado -me disculpé. -Tengo varios pueblos a mi cargo, y te puedes imaginar lo que es eso. -Él asintió, y me mostró un asiento de rejilla.

-Tú siempre pendiente de los vivos -sonrió untuosamente. -Traes niños al mundo, alargas la vida a los ancianos... lo mío es otra cosa.

No respondí nada. Conocía de sobra su ocupación, y no la envidiaba en absoluto; mi temperamento no me hubiera permitido llevarla a cabo. Él pareció adivinar mis escrúpulos.

-No te gusta lo que hago, ¿verdad? -añadió, observándome. Yo hice un gesto vago.

-Todo es necesario en nuestra profesión -contesté, evasivo.

Siguiendo la conversación hablé del tema que me había llevado allí. Hablamos de la señora Ramos, y de las circunstancias de su muerte. Yo había hecho un primer reconocimiento del cadáver, que luego él tuvo que ratificar.

-Estuve de acuerdo con tu diagnóstico, con ciertas puntualizaciones -me dijo, como quien aprueba a un novato en una asignatura difícil. -Fue un asesinato brutal.

También en eso estábamos de acuerdo. Mientras hablaba, pensé que no tenía un pelo de tonto; por algo se había convertido en un forense de prestigio. Su voz, cuando se dirigió al ayudante, era autoritaria, pero

no antipática.

-Va a buscarme el informe de la señora Ramos -le dijo. -¿Cuál era su nombre?

-María -dije yo, y añadí la fecha de la muerte. El ayudante salió, y volvió al momento con un paquete. Contenía varios frascos y preparaciones, todo acompañado de una carpeta. El forense estuvo repasando el informe, con aire metódico y frío.

-Está bien -dijo sin alzar la cabeza. -Puede dejarnos. Antes, tenga esta muestra de cabellos. Quiero un informe completo de su origen, y una descripción detallada de ellos.

Arrancó una página de una libreta, escribió algo y se la pasó. El otro salió, cerrando con cuidado la puerta.

-Una cosa está clara -dijo el forense, arrellanándose en el asiento. -Los cabellos que se encontraron en la mano de la anciana muerta pertenecían a la chica.

Se quedó un momento callado. Lo miré interrogante, sin poder adivinar lo que se ocultaba bajo su mirada impasible y gris. Se oyó el sonido del teléfono en la habitación vecina, y luego nada más. Mi amigo se puso en pie y estuvo consultando un fichero; tomó unos apuntes y volvió a sentarse. En aquel momento volvió a abrirse la puerta y entró el ayudante. Parecía excitado, se acercó a su superior y le dijo unas palabras en voz baja. Él tosió secamente.

-Esto nos da la solución que buscábamos -dijo. -Los cabellos pertenecían sin duda a la criada -añadió gravemente. -Pero no eran cabellos arrancados, sino caídos.

Yo me incliné hacia adelante, fascinado. Él continuó:

-Por el grosor, aspecto morfológico y coloración sabemos que pertenecían a la chica -dijo. -Por la forma del bulbo y conformación de la raíz, puede verse que no fueron arrancados, sino caídos espontáneamente. -Yo afirmé con la cabeza.

-Comprendo -dije, poniéndome en pie. En mi exaltación no me di cuenta de despedirme del ayudante y salí fuera, seguido por mi colega.

-Suerte -dijo él, con una alentadora sonrisa.

Decidí comunicar mis sospechas a la policía. De nuevo tomé un taxi, que se detuvo luego ante un edificio de ladrillos, cuya entrada guardaban dos policías de uniforme, de hombros cuadrados y cabello oscuro. Me fijé en que uno de ellos tenía bigote, y me cortó el paso.

-¿Quería algo? -me dijo. Yo le mostré mi carnet.

-Soy médico -dije. -Quiero ver al comisario de guardia. -Él se volvió al compañero, y afirmó con un gesto.

-Adelante -indicó. -Puede pasar.

Eran las doce y media cuando abandoné aquel lugar. Todo había transcurrido sin tropiezos: comuniqué lo que sabía, y mis sospechas y dudas acerca del caso. Ellos estuvieron inusualmente complacientes conmigo, aunque tratándome con una cierta conmiseración.

-Puede intentarlo -me dijo el comisario, tendiéndome una mano gruesa y sudorosa. -Aunque no creo que consiga descubrir nada nuevo.

Salí por la puerta giratoria, bajé de nuevo los escalones y me encontré en la calle, tranquila y silenciosa, y con edificios nada flamantes.

Busqué con la mirada una cabina telefónica, y descubrí una en la esquina, junto a la fachada principal de un cine de ínfima clase. No tenía moneda suelta, así que crucé la plaza hacia un pequeño bar, y pedí un café. Allí me cambiaron un billete.

-Está bien -dije, dejando la propina en el plato. Enseguida me encontré mejor; mi tensión baja me agradecía la ayuda. En ese momento, una muchacha salía de la cabina. Se encogió de hombros con desánimo.

-No funciona -dijo, sonriendo. Yo hice un gesto de fastidio.

-Cómo no -dije. -Siempre sucede igual cuando se tiene prisa.

Por fin encontré otra, calle adelante. Dentro había un fuerte olor a perfume barato. Dejé la puerta sin cerrar; esta vez, el aparato funcionaba

a la perfección. Introduje unas monedas y marqué un número, y una voz ronca contestó al otro lado.

-Prisión de mujeres -me dijeron. Yo carraspeé, diciendo mi nombre y profesión.

-Necesito ver a una reclusa -indiqué. -Tengo autorización policial.

-Aguarde un momento -dijo la voz, que fue sustituida por otra, más aguda. Di el nombre de la chica.

-Está bien, pero no tarde -dijo mi interlocutor. -Dentro de media hora, como mucho, tendrá que estar fuera. No es hora de visita.

El vestíbulo de la prisión estaba silencioso y vacío, y sus paredes desconchadas. Me recibió un hombre calvo, de ojos saltones, que parecían de cristal en la masa pálida de su rostro. Estuvo consultando la orden que yo le tendí.

-Venga por aquí -señaló.

Fue hacia una mesa de oficina y levantó el receptor. Hubo una larga pausa, que creí no acabara nunca.

-Es un médico -dijo. -Tiene orden del comisario.

Colgó el auricular, y aguardamos. Estábamos charlando cuando sonó el teléfono interior, y el funcionario acudió a él. Traté de escuchar lo que le decían, pero no pude. El hombre se volvió.

-Puede entrar -indicó con un gesto. Ambos emprendimos la subida por una escalera metálica de caracol. Al llegar al primer piso, el funcionario abrió una puerta que estaba cerrada con llave.

-Por aquí, doctor -señaló. Hallamos a una mujer corpulenta y desaliñada, que se estaba cortando las uñas con una tijerita. Era a todas luces la encargada de vigilar a las presas. Al vernos se puso en pie, y guardó las pequeñas tijeras en el bolsillo. El policía me dejó con ella y se despidió con un gesto. La mujer movió la cabeza, dubitativa.

-No quiere hablar con nadie -dijo. -Parece que estuviera muda.

Una nueva puerta metálica, muy pesada, nos cerraba el paso. Ella la

abrió, y pasó delante.

-Es por aquí -añadió. -Lo dejaré solo con ella.

Por fin pude hablar con la muchacha. Al principio no pareció reconocerme; le tendí la mano y ella la ignoró.

-Juana -le dije. -He venido a ayudarte. -Ella me miró.

-Gracias por haber venido -pronunció en voz tan baja que apenas se dejaba oír. -Nadie más ha venido a verme en todo el tiempo.

-Necesito tu ayuda -dije, y ella me miró con extrañeza. -Creo que puedo hacer algo por ti.

Estuvimos hablando un rato, sentados en el camastro de la celda. La cabeza de la muchacha estaba hundida entre sus hombros; se frotaba nerviosamente las manos, mirando a uno y otro lado con recelo. Me repitió lo que había contado a la policía.

-Mi novio no fue, se lo juro -afirmó. -Estuvo todo el rato en el cuarto conmigo. Luego oímos ruido, como si alguien hubiera entrado en la casa por la puerta principal.

-¿Por la puerta principal? ¿Sabe eso la policía?

-Lo he dicho muchas veces -asintió ella desmayadamente. -Ellos dicen que el asesino tuvo que entrar por la puerta del corral.

-¿Estás segura de lo que dices?

Ella juró que no se equivocaba. Dejó de frotarse las manos y lo hizo con el colchoncillo de la cama.

-¿Quién pudo entrar por la puerta principal? -interrogué. Ella se encogió de hombros.

-No puedo decirlo -contestó.

-¿Cómo, que no puedes? -pregunté, extrañado. Ella movió desesperadamente la cabeza.

-No puedo. Nadie me creería.

La mirada inquieta apareció de nuevo en sus ojos. La conversación se hacía intermitente. Traté de ayudarla, y creo que lo conseguí.

-Yo sí te creeré -le dije. -Pero tienes que contármelo todo.

Ella aspiró hondo, como tomando fuerzas para continuar. Luego, poco a poco, fue dándome su versión de lo sucedido: aquella noche, asustada porque la sorprendieran con el muchacho, se había levantado y fue hacia el al pasillo.

-Sólo pude ver un hombre que corría, saliendo del dormitorio de la señora -dijo. -Yo la miré.

-¿Cómo puedes saber que entró por la puerta principal?

Ella no pareció haberme oído. Pensé repetir la pregunta; no quería alterarla, pero tenía que saber lo sucedido. Vi que estaba llorando.

-A él lo han detenido también -me dijo. Lo acusan de haber matado a la señora.

De nuevo las lágrimas corrieron por sus mejillas, y de pronto sus manos se agarraron con fuerza a las mías.

-Tienen que soltarlo -pronunció en voz baja. -Yo sola la maté.

La observé, moviendo la cabeza despacio.

-Tú no la mataste -le dije. -Y no vas conseguir nada diciendo una cosa así. A él no vas a librarlo, y tú te hundirás mucho más.

-Usted no ha venido a ayudarme -dijo ella, mirándome con rencor. -Usted está de parte de los otros.

La voz de la chica se había hecho más pastosa y grave, y sus manos se abrieron y cerraron varias veces. Se llevó la derecha a los ojos, como si le molestara verme. Yo insistí.

-Dime toda la verdad. ¿Qué ocurrió en la casa aquella noche?

La puerta se abrió, y la vigilante asomó la cabeza. Lo inoportuno de la interrupción me irritó, pero una rápida mirada a la mujer hizo que se fuera enseguida. Observé de nuevo a la chica. Parecía tan frágil, y sin embargo estaba resignada a cargar con todas las culpas. Hubiera deseado por su bien que no fuera tan paciente, que mostrara alguna forma de resistencia.

-¿Quién era el hombre que viste? -interrogué en voz baja. La chica habló sin mirarme.

-No lo había visto nunca antes -contestó.

-¿No era nadie del pueblo?- Ella me miró de frente. El tono de su voz era sincero.

-Llevaba una ropa muy rara -dijo, tratando de recordar. -Con un gorro de lana. Tenía el pelo rojo y alborotado, barba larga y un bigote muy grande. -Procuré disimular mi incredulidad.

-¿Estás segura? -Ella asintió con viveza.

-Salió corriendo a la calle por la puerta del corral.

-¿No viste hacia dónde tiraba? -pregunté. Ella pereció dudar.

-No vi por dónde fue, porque era de noche.

Me quedé pensando un momento. De pronto, me había parecido recordar un dato importante, pero enseguida se esfumó la idea. Fui incapaz de concentrarme de nuevo en el recuerdo.

-¿Por qué no avisaste enseguida a la guardia civil? -pregunté. -Ella bajó de nuevo la mirada.

-Encontré a la señora muerta, y luego avisé a mi novio. Estuvimos un rato pensando, sin saber lo que teníamos que hacer ni lo que yo tendría que decir.

Me imaginé la escena: los dos horrorizados, solos en la casa con una mujer asesinada. La chica cortó mis cavilaciones. Dijo:

-Por fin él se fue, y luego vino todo lo demás.

Nuevamente se abrió la puerta, y esta vez tuve que salir. La muchacha se quedó inmóvil, sentada en el camastro, aún con las manos entrelazadas en el regazo cuando sonó la puerta al cerrarse. La mujer se detuvo un momento, y dio dos vueltas de llave a la cerradura.

-Todas dicen lo mismo -afirmó.

La fuerte luz del sol que se abrió paso por la rendija del portón a la calle hirió mis ojos, cegándome después de la oscuridad del sombrío

edificio.

Caminé despacio por la acera. Iba pensando en algo que me había relatado mi fiel asistenta: la fecha del robo del aderezo que llevaba la virgen había coincidido con las fiestas del pueblo, y con ella la llegada de los titiriteros.

-Tenía que haberlos visto -me dijo animadamente, sin dejar la tarea de eliminar cualquier mota de polvo en la mesa y en las librerías. -Traían a la mujer barbuda. También había un buhonero, vestido de mamarracho y con un gorro de colores. Le compré unas cintas de seda y una puntilla para las enaguas, con perdón del señor.

Pero aquello no tenía sentido. Solamente, pensé, debía haber dado pie a la chica para inventar lo del hombre que huía varios meses después, la madrugada de un día de primavera que se prometía radiante. El día que mataron a la señora Ramos.

Me sentí iluminado de pronto. Di la vuelta, y traté de hallar en la zona en que estaba una tienda de prendas de vestir. Una extraña luz parecía haberse abierto paso en mi mente: aquello me había dado una idea, y decidí que tenía que hacer urgentemente algunas compras.

***

De vuelta en el pueblo, había preparado una escena. Trabajé cuidadosamente para el encuentro, y Rosario se había prestado a todo sin rechistar.

-No se preocupe, doctor. Todo se hará como me ha dicho -aseguró, con un tono de complicidad.

Comí tan sólo una pequeña parte del revuelto de huevos. No me encontraba bien, una persistente jaqueca me acosaba esos días de manera casi constante, y no quería cenar demasiado. El dolor de cabeza se estaba convirtiendo en un tamborileo sordo.

-Están muy buenas las natillas -me ofreció la mujer, con acento de súplica. Parecía incluso sentir mi jaqueca, de tal manera se había llegado

a compenetrar con mis molestias y debilidades.

Insistió en que tomara el postre, y lo hice por complacerla. Estaba yo de sobremesa con el niño, cuando ella salió a abrir la puerta. Luego volvió donde estábamos y me miró indecisa, limpiándose las manos en el delantal.

-¿Puede entrar ahora? -dijo, y yo asentí con la cabeza. Desde el comedor oí en la cocina risas y exclamaciones de la mujer. La puerta del comedor se abrió de par en par.

-Tienes visita -le dijo Rosario al pequeño.

Con la asistenta había entrado un hombre. Llevaba un gorro de colores, una larga barba y bigote, y una peluca roja y encrespada. Iba vestido con un traje estrafalario y muy ancho.

-Pase -le dije. -No se quede ahí.

Yo observaba al chiquillo; de momento pareció asombrarse, hasta el punto de que tiró la silla al ponerse en pie. Se quedó mirando al hombre fijamente a los ojos, movió la cabeza hacia los lados con un gesto característico suyo, recogió la silla y se volvió a sentar.

-¿Lo conoces? -le dije, pero él no se dio por aludido y siguió paladeando golosamente un segundo plato de natillas. La mujer había cogido al personaje por un brazo.

-¿Puede marcharse ya? -preguntó. Yo asentí con un gesto.

-Sí, puede irse. He dejado encima del bargueño algo para él.

-Como usted diga -afirmó el disfrazado con respeto.

Ella lo condujo fuera, pero ahora no oí risas en la cocina. El niño seguía sentado a la mesa, rebañando el postre con una cucharilla.

Me fui al cuarto de aseo a limpiarme los dientes. Cuando volví, el niño estaba al lado de la estufa jugando con unos viejos soldados de plomo que habían sido míos. Cuando notó que lo miraba, recogió los soldados y los guardó en el bolsillo de su pantalón.

***

No obstante, no me desanimé. Fueron pasando los días, y nadie reclamaba al pequeño. La familia del leñador parecía haberse liberado de un buen peso, que en verdad debía ser considerable para ellos.

Aquella noche no pude dormir. El árbol vecino estuvo golpeando de madrugada los postigos de mi ventana con un ruido seco, y oí de nuevo el viento aullar en los montes. En mi duermevela, decidí encarar de nuevo al chaval, en la primera ocasión, con el dueño de la casa grande.

-Tengo que saber lo que se esconde ahí -me dije, dispuesto a no dejar pasar el próximo fin de semana sin que se desvanecieran mis dudas.

Fue al sábado siguiente. Rosario entró en mi despacho y me dijo:

-Está en casa el sobrino de la señora Ramos.

La mano que sostenía la pluma se quedó detenida en el aire. ¿Cómo podía saber aquella mujer lo que me proponía? Pensé contestar con una evasiva, pero no lo hice. Alcé la cabeza. Estaba de pie junto a la mesa, y me miraba con una sonrisa enigmática.

-Muchas gracias -le dije asintiendo, y pensé: -Diablo de mujer. Parece que me leyera el pensamiento.

Anochecía. Le pedí que vistiera al niño, y cuando estuvo bien arreglado lo saqué conmigo a la calle. Fuimos caminando en silencio hacia la casa, sin que los piececillos calzados con alpargatas nuevas parecieran tocar la acera.

Al llegar a la calle principal miré a la casa, y vi las luces encendidas en el salón de la fachada. La estancia del sobrino en aquel lugar había cambiado la antigua vivienda por completo: su sello estaba en todo, en el color de un verde subido en que habían pintado las contraventanas, y en el blanco deslumbrante de la fachada.

Llamé a la puerta. Se encendió la luz en el recibidor, y abrió la antigua enfermera. Vi que estaba a medio vestir. Se recostó en el marco, con tanta naturalidad como si hubiera estado en su propia casa. Miré al

niño, que no advirtió la curiosidad que provocaba.

-¿Molesto? -pregunté. Ella se echó a un lado.

-De ninguna manera, doctor -dijo, con aquel aire de superioridad que había adoptado de un tiempo a esta parte. -Sabe que siempre será bien recibido aquí.

Me asombró su desenvoltura. Entré en el recibidor y me volví a observarla. Llevaba un salto de cama largo y casi transparente, de un color rojo vivo, abierto en los costados y dejando ver sus bonitas piernas. También sus zapatillas eran rojas, de alto tacón.

-Gracias -dije, siguiéndola a la habitación iluminada.

Llevaba al pequeño conmigo, con la excusa de una visita de cumplido. No me pareció que fuera tan tarde como para hallarlos de aquella tesitura. Ella alzó la voz.

-Tenemos visita -dijo. Él estaba en pijama, sentado en un sillón, y pareció sorprendido.

-¿Qué lo trae por aquí? -dijo, frunciendo el ceño. Yo permanecí en pie, teniendo al niño de la mano.

-Venía... bien, quería saludarlo. Me habían dicho que... estaba reformando la casa. Temo que he sido inoportuno.

La situación era a todas luces artificiosa, como una escena ensayada por actores aficionados. La boca del hombre sonreía, pero no así sus ojos.

-Es un honor para mí -dijo fríamente, sin levantarse del asiento. La mujer extendió su brazo, y un bonito brazalete brilló en su muñeca.

-¿Por qué no se sienta? -indicó.

Sus labios eran carnosos y atrayentes. Me di cuenta de que era muy guapa, y lo extraño era que antes yo no lo hubiera notado, con aquellas ropas de enfermera tan poco atractivas. Parecía una mujer distinta.

El niño se había quedado rezagado; con su inquieta mirada recorrió la habitación, hasta que vio al dueño de la casa. Mientras, él nos

observaba a ambos con expresión de enfado. Yo aspiré hondo.

-He traído a Elías -dije tontamente, al tiempo que lo empujaba por delante de mí.

-Hola, Elías -dijo la muchacha.

-Vamos, saluda -le indiqué yo.

De pronto sucedió. El pequeño se puso tenso, y empezó a temblar. El horror estalló en su mirada, mientras un grito ronco nacía en su garganta. Soltándose de mí, trató desesperadamente de abrir la puerta. Noté mis manos sudando dentro de los bolsillos. El hombre dejó un vaso en una mesa baja con un brusco movimiento, tanto que el líquido se derramó. Se puso en pie.

-¿Qué le pasa a ese niño? -dijo con voz áspera.

Su mandíbula estaba rígida y sus ojos se habían estrechado; tenía apretados los dientes y su actitud revelaba que había llegado al límite de su tolerancia. Me disculpé.

-Perdonen -dije, volviéndome. -Volveré yo solo, otro día.

Miré su perfil duro, con la mandíbula firme.

-No quiero volver a ver a ese salvaje -bramó.

-Descuide, no volverá a verlo -dije yo.

En un principio, cuando se puso en pie con el puño en alto, creí que iba a golpear al pequeño. No era una manera normal de actuar ante una criatura inofensiva, y sentí un fuerte desagrado. Pero no se cuidaba ya de guardar las apariencias. Ella se interpuso entre ambos.

-¡Déjalo! -ordenó, y él la observó fríamente.

-No te metas en lo que no te importa -le dijo. Yo me disponía a marcharme, y ella se adelantó para abrir la puerta de la calle.

-Siento lo que ha pasado -me dijo en voz baja. -A veces reacciona así. -Se había detenido rígidamente en el umbral, con la mano en el picaporte.

-Qué se va a hacer -suspiré yo. Ella miró al pequeño.

-Tiene mucho mérito ocuparse de una criatura como ésta.

Algo apareció en su actitud que yo conocía; era la misma expresión con que la había visto cuidar a la enferma en aquella misma casa. Había algo en ella que no era fingido, sino muy auténtico. Me encogí de hombros.

-No tiene importancia -dije. -Hasta la vista.

No había nada más que decir, y me marché sin despedirme del dueño de la casa. Dí una última ojeada al salón; vi que seguía en pie y por un momento mis ojos se encontraron con los suyos, verdes y sombríos. Había en ellos un asomo de ferocidad. Oí la voz de la chica, que me decía:

-Vuelva cuando quiera.

***

Una vez en mi casa, me miré al espejo; para mi edad, me encontraba demasiado viejo y cansado. Había grandes entradas en mi frente, y unas bolsas violáceas debajo de mis ojos.

El niño había entrado directamente en el cuarto de huéspedes, que ahora era el suyo. Cuando fui a buscarlo vi que se había quedado dormido sobre la colcha, vestido y sin descalzar. Lo estuve desnudando, con cuidado de no despertarlo; Rosario había salido, y apagué la luz.

Cené alguna cosa de pie, en la cocina. Luego vi el disfraz, que estaba doblado encima de una silla. Entonces, comprendí qué era lo que faltaba.

¿Ojos verdes? Aquí estaba el secreto. Sentí que la sangre me subía a las sienes, al tiempo que se esfumaba mi anterior confusión: lo veía todo claro, y me reproché amargamente no haber caído en la cuenta a su debido tiempo.

Pero ahora, todo iba a salir perfectamente; no habría más errores por mi parte.

Recordé todo lo sucedido en aquellos días. Cualquier persona se fija

en los vestidos de los otros, en su aspecto o su peinado, quizá si tiene barba o no, pero un chiquillo anormal como éste, que miraba siempre a los ojos como si quisiera penetrar los pensamientos, no podría luego olvidarlos fácilmente. Él había reconocido unos ojos poco comunes, primero en el hombre que vio en el automóvil, y luego esta noche.

No había tiempo que perder.

***

No le valió para nada negar. Cuando lo visité con el jefe de policía era de madrugada. Nos seguían dos hombres de uniforme. Él mismo abrió la puerta, y vi que encima del pijama se había puesto una bata.

-¿Qué quiere ahora? -preguntó en tono agresivo.

Fueron unos minutos tensos, en los que él no dejó de fumar nerviosamente. Luego entró la mujer, que parecía haber estado durmiendo.

-¿Qué pasa? -dijo, sorprendida. -Me ha despertado la conversación.

Yo me volví. La luz de la pantalla arrancaba reflejos dorados en su cabello rubio y brillante.

-¿Quiere dejarnos solos, por favor? -indiqué. Ella hizo un mohín.

-Está bien -dijo. -Voy a acostarme otra vez, buenas noches.

Nos miraba de una forma tan inocente que llegué a pensar que desconocía lo ocurrido en aquella casa. Yo sabía que él no cedería con facilidad; conocía su carácter irascible, y temía que aquella intrusión fuera más de lo que estaba dispuesto a soportar.

-Está usted detenido -dijo el comisario, adelantándose.

Fue cuestión de un segundo que él se abalanzara hacia la salida. Sus movimientos eran ágiles, y al mismo tiempo su forma de actuar era serena y rápida.

Uno de los policías trató de interponerse. Él giró, se inclinó hacia adelante y su puño trató de alcanzar la barbilla del agente. Pero él lo esquivó y le devolvió el golpe, haciendo caer a su adversario. Por fin pudo

sujetarlo contra el suelo y le puso una rodilla encima, de manera que quedara indefenso. De esta postura, logró encajarle las esposas.

-Vamos -dijo el comisario con un gesto.

-Maldita sea -gimió el muchacho, irguiéndose. Se tambaleó hacia atrás, pero se enderezó de nuevo. Parecía milagrosamente repuesto.

Nadie entre nosotros se movió.

-No tiene escape -le dijo el comisario. -Es mejor que se entregue por las buenas. Tenemos pruebas concluyentes para acusarlo por el asesinato de su tía.

Él se echó a reír, con una carcajada chirriante.

-Ustedes no tiene pruebas de nada -afirmó, pero no pudo evitar que le temblaran los labios.

Trató de revolverse pero el policía, más hábil, lo retuvo.

-Mierda -dijo él, mientras un hilillo de sangre salía de su labio partido.

-Somos varios contra uno -dijo pacientemente el comisario, aunque no se había movido. -No tiene salida posible.

Sonaron unos timbrazos en la puerta, pero no hubo respuesta. Poco después un policía rubio de paisano se presentó en la habitación.

-Estaba abierto -dijo. -Podemos marcharnos cuando quiera -afirmó, dirigiéndose a su superior. Éste observó al detenido con interés.

-Aguarda un poco, éste tendrá que explicar algunas cosas -dijo con aire fatigado. En primer lugar, va a abrirnos la caja de caudales.

Él no se resistió; tenía los labios crispados y los ojos enrojecidos, pero aún así parecía haber asumido su fracaso. Sacó la llave de la caja fuerte, y pronto un hueco apareció en el muro debajo de una pintura abstracta. Dentro estaban guardados algunos paquetes.

-Eso está muy bien -dijo el comisario. Cuando se volvió, tenía en la mano una bolsa de ante y volcó unas joyas sobre la mesa. Entre ellas, reconocí enseguida el broche que un día llevara la señora Ramos, y su gargantilla de aljófar.

-Hay que hacer una relación -le dijo a uno de los subordinados. Yo le pedí que me dejara observar de cerca el broche, y lo estudié detenidamente.

-Lo llevaba puesto la señora después del envenenamiento por setas -dije, devolviéndolo.

En el rostro del dueño de la casa había rabia y miedo. Pidió permiso para vestirse, y un policía lo acompañó. Al parecer debió hacerlo en forma meticulosa, a juzgar por el tiempo que tardaron en volver. Se presentó perfectamente arreglado.

-Creo que ya se me puede mirar -dijo con una sonrisa torcida, dando un vistazo al espejo de la sala.

El policía rubio había salido, y volvió acompañado de un compañero. Recordé haberlo visto en la comisaría y me preguntó cómo me encontraba.

-Estoy asombrado todavía -Él hizo una mueca.

-Todo por una corazonada suya -dijo. -Y yo que lo tomaba a risa.

Yo no tenía ganas de reír. Todavía aguardamos un rato hasta que terminó el registro. Aguardaba yo pacientemente, medio dormido en un sillón, cuando oí la voz del comisario.

-Vamos, chicos -dijo. -Ya está todo visto.

Cuando salimos a la calle, los dos que habían llegado los últimos estaban esperando fuera. El sobrino de la señora Ramos me miró torvamente y, si no hubiera ido esposado, creo que me hubiera echado las manos al cuello.

-Me las pagará, se lo juro -dijo entre dientes, y yo no contesté.

Todo parecía haberse complicado para él; todo lo que había querido crear por malas artes se deshizo como un castillo de arena. Parecía ausente, ante el grueso comisario que se había detenido en el umbral.

-Llévenlo al coche -indicó el policía.

El detenido caminó con lentitud, como queriendo aparentar

indiferencia. Su agresividad parecía haberse esfumado, consciente de que no serviría de nada lo que pudiera decir o hacer.

-Está bien -dijo, entrando en el coche. -Pueden llevarme donde sea.

Pensé en la enfermera, y me volví.

-¿Qué sucede con ella? -pregunté. -No creo que sea culpable.

El comisario reflexionó un instante.

-No hay ningún cargo en contra -dijo. -Todo depende ahora de lo que declare el acusado. Quizás ella no sepa nada del asunto. -Yo moví la cabeza.

-No lo entiendo -pronuncié en voz alta.

Una vez en el coche celular, el muchacho se estiró la chaqueta, arregló su corbata y trató de alisarse el cabello con las manos trabadas por las esposas. A su lado se acomodaron dos policías. Otro había quedado de guardia ante la casa.

-Presente mis disculpas a la señorita -me dijo el detenido. -No he tenido ocasión de despedirme.

Simulé no haberlo oído. El auto inició la subida de la cuesta, y luego se perdió en la oscuridad. Pensé que debía ver a la chica, y volví a la casa. La puerta se había quedado abierta, y entré. La hallé levantada, en la cocina.

-No sé por qué, me lo figuraba -dijo, sin mirarme. Estaba de pie, lavando algo en el fregadero, y vestía una bata sencilla. Pensé que me daba la espalda para que no advirtiera demasiado su humillación. Luego se volvió, diciendo:

-Mañana temprano me iré de este pueblo. -Yo asentí.

-Es lo más prudente que puede hacer. -Me ofreció un café, pero era demasiado tarde, y yo no tenía ninguna gana de entrar en conversación. Rehusé su ofrecimiento.

-No sospechará de mí -dijo ella. Aspirando con fuerza cruzó la cocina, se acercó a la mesa y sacó un cigarrillo de un paquete. Me quiso

dar otro, pero también lo rechacé con un gesto.

-¿Lo conocía hace mucho tiempo? -Ella negó con la cabeza.

-Lo conocí durante la convalecencia de su tía. Nunca lo había visto antes. Me engañó, como a los demás. Prometió que se casaría conmigo -añadió, compungida.

-Y quizá lo hubiera hecho -dije yo, observando sus ojos de un azul claro y sus largas pestañas. Ella suspiró.

-Y quizás algún día hubiera habido otra víctima -dijo tristemente.

Tuvo que encender dos cerillas antes de prender el cigarrillo y se quedó mirando la fina columna de humo, ante el cuadrado negro de la ventana.

-Nunca pensé que esto pudiera suceder -dije en tono frío. -Hay cosas que una enfermera nunca se debe permitir.

Vi que había palidecido. Recogí mi cartera y me dispuse a salir. Parecía helada y rígida, como el cadáver de la señora Ramos.

-No podré volver al hospital -me dijo. -Me han despedido, y además estoy embarazada.

Permaneció en el centro de la cocina, con los brazos pendiendo sin fuerza. Había permitido que la engañaran, y perdido la confianza de todos.

-Tiene que afrontar las consecuencias de sus actos -le dije, saliendo.

***

Fueron investigadas las operaciones bancarias del sobrino: carecía de fondos, hasta pocas semanas después de la muerte de su tía, en que ingresó una elevada cantidad en metálico.

-Él sabía que la anciana tenía dinero, y que lo guardaba con ella -dijo el comisario jefe, dando una chupada a su puro. -Sobre todo, tenía joyas muy valiosas, que nadie conocía. No usaba más que las sencillas y de menos valor, y las otras las conservaba siempre en su habitación, de día y de noche. -Exhaló el humo despacio y añadió: -No había otra forma de

apoderarse de ellas, sino matándola. -Yo asentí con repulsión.

-Por eso trató de envenenarla, mezclando las setas venenosas con las buenas que la chica estaba guisando. -El comisario me miró, extrañado. Los detalles de aquel suceso no habían llegado a la policía. Yo seguí hablando, pensativo.

-La muchacha nunca hubiera cometido un error como aquel. Estaba acostumbrada desde siempre a cogerlas, tanto que ya, según decía ella, las había aborrecido y no las comía. -Él movió la cabeza.

-El sobrino, por supuesto tampoco las comería -dijo.

-Exactamente -corroboré. -Pero no contaba con la salud de hierro de la anciana, ni con su aguda inteligencia. La señora sospechó del sobrino, y aunque no quiso denunciarlo para evitar un escándalo en la familia, o quizá por falta de pruebas, se apresuró a cambiar el testamento. -El comisario asintió.

-Y a comunicárselo a él, para evitar nuevos accidentes.

Seguimos comentando el caso. Sobre la mesa, el cenicero estaba lleno de colillas de todas clases; había dos vasos de vino mediados, y una botella vacía.

-Más tarde, el asesino había preparado el escenario del drama, para que otros fueran inculpados -dije, reflexionando. -Primero, había tomado unos cabellos del peine de la chica, y los guardó para cuando tuviera necesidad de utilizarlos. -El comisario se bebió el vino de un golpe.

-Fue una jugada ingeniosa -admitió. -Pero él no podía saber la diferencia que hay entre unos cabellos arrancados y otros simplemente caídos.

Yo afirmé con la cabeza. Aquello nos había dado la solución.

-Al microscopio, la diferencia no ofrece duda -dije. Él hizo un amplio movimiento con las manos.

-El asesino no gana nunca -observó, satisfecho. Yo me quedé pensativo.

-Al menos, el asesino descubierto -dije, un tanto escéptico. No sabemos nada de otros delitos que permanecen ocultos. -Él se removió en el asiento, como si aquella posibilidad lo incomodara.

-Bien, éste no es el caso, por fortuna -dijo luego.

En esto tenía razón. Permanecimos en silencio, él fumando con aire importante, y yo considerando la habilidad del criminal. Aprovechando las fiestas del pueblo, se hizo pasar por buhonero y se mezcló con los titiriteros y con los otros vendedores.

Fue una notable intuición la de usted -me dijo él. Yo parpadeé.

-Afortunadamente, di en el clavo -dije con modestia. El comisario entornó la mirada.

-¿De qué forma conseguiría convencer a un niño tonto para que robara el aderezo? -preguntó. Miré a la bombilla polvorienta que colgaba del techo, y tardé en contestar.

-El niño es retrasado mental, pero muy ágil, y también muy goloso -afirmé. Él me miró fijamente.

-Y usted conoce sus reacciones a la perfección.

***

En efecto, aunque con bastante trabajo habíamos podido hacer una reconstrucción de los hechos, conociendo así los detalles. Fuimos con él a la casa grande, y nos detuvimos junto a unos arbolillos que bordeaban la carretera, hacia la parte lateral. El niño estaba muy nervioso. Alzó la vista, y se detuvo frente a la pequeña ventana redonda que habían respetado en el muro. Se volvió, señalándose la boca. Pronunció unas palabras confusas.

-Fíjese -indiqué.

Todos, el comisario y yo, además de los dos policías que nos acompañaban, estábamos inmóviles. El niño pasó entre los arbustos, y con sus pequeños dedos empezó a arañar la pared.

-¿Quieres alguna cosa? -le dije, avanzando. Me cogió de la mano, y

me hizo aproximarme al muro bajo la ventana. Lo levanté en alto y se puso en pie sobre mis hombros. Cuando alcé la vista, él ya se había encaramado y estaba sentado en el ojo de buey.

-Quiere decirnos algo -observó el comisario. El niño miraba con desaliento su cintura, y luego a nosotros. Uno de los policías se adelantó.

-Creo que necesita una cuerda -dijo, tendiéndome una. Traté de atársela al cuerpecillo, y por fin lo conseguí.

Al mismo tiempo, el pequeño se señalaba repetidamente la boca. Saqué uno de los caramelos que siempre llevaba en el bolsillo y se lo dí. Él sonrió con expresión idiotizada, haciendo girar los ojos de contento.

-No cabe duda -observé. -Alguien lo obligó a cometer el robo, y lo convenció con golosinas. Cogió lo más brillante que vio en el oratorio.

El niño había apoyado el hombro en la madera acristalada, que cedió. Parecía una anguila cuando se escurrió por la estrecha ventana. Al cabo de un minuto sentí un tirón de la cuerda; pero ya el comisario se había dirigido a la entrada principal de la casa, y todos lo seguimos.

-Vamos a ver lo que hace -indicó.

Lo hallamos en lo que ahora se había convertido en un saloncito, mirando hacia el lugar que antes ocupara la imagen. Parecía desolado, y la cuerda pendía de su cintura como una fláccida serpiente.

-¿Qué pasa, Elías? -pregunté a sus espaldas.

Él pareció sobresaltarse. Se volvió hacia la entrada y echó a correr, arrastrando la cuerda.

-Vamos a seguirlo -dijo el comisario, andando deprisa. Fuimos tras de él, yo con el corazón latiendo apresuradamente.

-Ha tirado por ahí -dijo el policía más joven.

Al cabo de algunos minutos estábamos en la zona más alta del pueblo. Vimos que se había detenido junto a una de las últimas casas y se volvió, con expresión de alegría.

-Es la casa del novio de la chica -indiqué. -Ahora está en la cárcel,

acusado de asesinato. -El comisario se frotó los ojos.

-Vamos a aguardar aquí, Veremos qué hace.

Trepando por las peñas llegó a una pequeña azotea, saltó dentro y no tardó en volver a salir. Llevaba todavía colgando la cuerda y estuvo a punto de enredarse en ella, mientras se agarraba a las paredes y a las peñas para bajar. Luego saltó a los guijarros del suelo.

-Muy bien, muchacho -dije, con el caramelo preparado en la mano. Él adivinó mi intención y rebuscó en ella, hasta encontrarlo.

-No parece que sea tan tonto -dijo el comisario, observándolo con interés. Él vio que era el blanco de las miradas, y nos dedicó un gruñido de satisfacción. Yo estaba muy serio.

-Es como un pequeño animal -dije con tristeza. El policía le puso la mano en el hombro.

-Eres un buen chico -le dijo. El niño estaba radiante, y se señaló de nuevo la boca. Saqué toda la bolsa y se la di.

***

Nuestro flamante vecino ya había sido puesto a disposición de la justicia como presunto asesino de su anciana tía, y los inocentes liberados. Fue entonces cuando recibí una notificación del notario, en que me comunicaba que las monjas del asilo se harían cargo del pequeño Elías.

Había pasado el verano y después el otoño, y estaba próxima la navidad cuando oí sonar el teléfono.

-¿Puede oírme? -preguntó el notario secamente. -Yo lo oigo muy mal.

Me llamaba desde la ciudad, y había dificultades en la línea.

-Sí, dígame -contesté, alzando la voz.

Me citó en el asilo el día de navidad a las cinco de la tarde, y quedé en llevar conmigo al muchacho. Eran las primeras fiestas navideñas que pasábamos juntos, y también las últimas. Ya a finales de verano, Rosario me había indicado la conveniencia de buscarle un destino fijo.

-Luego va a ser más difícil para todos -dijo sensatamente. -Y usted no puede hacerse cargo de él. Es una criatura delicada, y necesita el agrego de alguna mujer. Yo no voy a estar siempre pendiente de él.

Miré los ojos vivos y oscuros de la asistenta y vi que estaban húmedos. Me conmoví.

-En otoño cumplirá los diez años -le dije. Era la condición que las monjas ponían para recogerlo.

Aquella tarde navideña, como otras muchas en estos parajes, se había levantado viento. Silbaba y se arremolinaba en las cortaduras de la sierra, y en el pueblo los postigos repiqueteaban. Se oían arañazos en el desván, como si una multitud de ratones lo hubieran invadido.

-Mire qué guapo está -dijo Rosario, entrando en el comedor con el niño. Yo le había comprado en la ciudad un abrigo amplio, quizá demasiado grande para él, pero que tardaría en quedarse pequeño. Ella misma le había tejido una bufanda roja, manoplas y calcetines del mismo color, y le había arreglado el maletín con todo cuidado. Le había estrechado una chaqueta de cuero que yo deseché, y el chiquillo ofrecía muy buen aspecto.

-Sí que lo está -admití, sonriendo. El niño sonrió también.

-Buena -dijo, mirándola. Ella se emocionó a ojos vistas. Con la punta del dedo detuvo una lágrima que corría por su nariz.

-Vamos a echarte de menos -dijo, cacheteándole la mejilla.

El aire de fuera era como un tónico, y sentí que se desvanecía mi tristeza. Todavía no eran las cinco de la tarde, pero ya oscurecía. Había nevado y el mundo parecía totalmente vacío, a no ser por la alargada sombra que proyectábamos en la nieve. La sombra no tardó en desaparecer.

-Hala, valiente -dije, dándole una palmada en el hombro.

La luz disminuyó con rapidez, y cuando llegamos al convento, en la cumbre de una colina, ya era de noche.

-Hemos llegado -dije. -Esta va a ser tu casa desde ahora.

El chiquillo pareció comprender, y se agarró fuertemente a mi mano. Cuando sonó la campanilla, una monja joven y sonriente nos abrió la puerta.

-Así que este es nuestro Elías -dijo, besándolo. -Estaba deseando conocerlo.

La monja portera se acercó; también sonreía, pero tenía la cara muy pálida y era más vieja.

-Vaya, vaya -dijo, mirándolo. -Conque ya has venido. Feliz Navidad, y bienvenido a casa.

Arreglándose la toca blanca, la religiosa joven atravesó el corredor, y ya en la puerta de clausura se volvió, ajustándose los pliegues de un delantal azul.

-Páselos al recibidor -le dijo a la portera. -La Madre superiora los está esperando.

La anciana nos señaló el camino. Me asomé a una habitación grande, de techos muy altos y vigas oscuras.

-Aquí están nuestros últimos invitados -dijo, precediéndonos. Vi a un grupo de personas que se habían acomodado al fondo, acompañados de dos monjas. Una de ellas vino hacia nosotros con los brazos abiertos: era la superiora. Su expresión sonriente multiplicaba sus finísimas arrugas.

Bienvenidos -dijo. -Felices navidades.

Vi que en una mesa había bandejas con pasteles. Llevó al niño hacia ellos, y preguntó:

-¿Te gustan los dulces? Aquí te haremos muchos. Vamos, quítate la bufanda y los guantes, y podrás comer los que quieras. Sor Remedios se ocupará de ti.

Sor Remedios era una monja regordeta y colorada con unos ojos límpidos de color castaño. Se aproximó rodeando la mesa, puso sus manos en los hombros del muchacho y le dio dos sonoros besos en las

mejillas.

-Vamos a ser muy buenos amigos, ¿verdad, Elías?

Algo así le había dicho yo cuando lo llevé a mi casa. De pronto, me sentí tranquilo. Di un vistazo a la habitación: al fondo estaban el alcalde y su esposa, el notario con su hija, y también una de las hermanas del marqués. Los saludé a todos, y a ella le pregunté por su gemela.

-Ya sabe, su reúma -dijo, moviendo la cabeza. -No ha querido salir. Me ha dicho que los felicite de su parte.

Después de los cumplimientos de rigor, me senté en un sillón cerca del fuego que crepitaba en una gran chimenea. La superiora llevó un cenicero y lo puso a mi alcance.

-Pueden ustedes fumar -indicó. -Por algo es Navidad. -Yo sentí defraudarla.

-Se lo agradezco mucho -le dije, -pero no.

Miré a la chimenea, donde ardían varios troncos muy gruesos. Las llamas lamían los ladrillos del fondo. Luego vi que la superiora se acercaba al niño, y le quitaba el abrigo y los guantes. Sor Remedios le entregó un paquete, atado con cintas de colores.

-Esto es para ti -le dijo, poniéndolo en su mano. El chiquillo arrancó la envoltura nerviosamente, tirando al suelo los papeles. Era una locomotora preciosa.

-Regalo del señor marqués -añadió la religiosa, volviéndose.

-Gracias -le dije yo. -Estoy seguro de que le gusta mucho.

El niño no tardó en tirarse al suelo, haciendo rodar la locomotora y emitiendo un ruido gutural. La esposa del alcalde seguía aplicadamente sus movimientos. Era una mujer redondeada, con expresión bondadosa.

-Ha sido usted muy bueno con él, doctor -me dijo. -Pero creo que las monjas sabrán ocuparse muy bien del muchacho. Para usted sólo era una carga demasiado pesada -añadió, con un ligero parpadeo.

No hice ningún comentario. El niño se acercó a la superiora y la miró

fijamente a la cara. Buscaba sus ojos. Sentada como estaba, resultaban de la misma altura. De pronto el pequeño se acercó y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

-¡Bien! -exclamé.

Empecé a aplaudir, y los otros me imitaron. Él parecía satisfecho; quiso repetir el movimiento, pero se lo impedí.

-Tranquilo, Elías -le dije. -¿Quieres otro pastel?

Al cabo de un rato, el ambiente se había distendido. Como yo imaginaba, las conversaciones giraron en torno a la muerte de la señora Ramos, y todo lo acaecido después. El alcalde se arregló los puños de la camisa, mientras se aclaraba la garganta con una tosecilla.

-¿Por qué volvió aquel hombre al pueblo? -interrogó. -Hubiera podido vivir sin pisar el lugar, sin visitar una casa con quien nadie lo relacionaba.

El notario lo observó con los ojos entrecerrados. Recordé que en un tiempo su hija había sido novia de Alberto, un hombre acusado ahora de homicidio con todas las agravantes. El hombre se ajustó los lentes.

-Quizá sea cierto que el criminal siente la acuciante necesidad de volver al escenario de su crimen -afirmó con voz grave. Miré a la muchacha, y vi que parecía entristecida. El alcalde intervino de nuevo:

-Bien, ahora todo está tan claro como el agua -dijo. -Resulta que el chiquillo entró por la ventana del oratorio, se subió al altar y robó el aderezo. -Yo afirmé.

-Le gustan los objetos brillantes -indiqué, bajando la voz.

Miré a Elías, pero seguía jugando atentamente con la locomotora, ajeno a nuestra conversación. Expliqué cómo, por encargo del hombre disfrazado de buhonero, se había metido en casa del novio de la chica y había dejado parte de las alhajas.

La esposa del alcalde emitió un hondo suspiro, y su pecho se estremeció. Cerró los ojos.

-Pobre María -dijo. -Menos mal que, gracias al doctor, han podido

descubrir al asesino.

Yo me sentía más molesto que orgulloso.

-Fue la casualidad -dije, abrumado. -No hubiera sospechado nada si el niño no se traga el pendiente.

Elías volvió la cabeza. El alcalde habló despacio, como si pensara en voz alta.

-Todo estaba planeado desde el principio -dijo. -El asesino aguardó a que el hombre fuera liberado de la cárcel, varios meses después. Entonces volvió a disfrazarse, entró en la casa de la anciana, y la mató con una piedra.

Yo asentí con un gesto. La hermana del marqués intervino, con tono de eficiencia.

-Fue entonces cuando robó el dinero y las joyas -indicó, como si acabara de descubrirlo. Yo afirmé de nuevo:

-Sabía que ella los escondía en algún lugar de su habitación. Al mismo tiempo, cogió un manojo de cabellos que había extraído en su momento del peine de la chica, y lo puso en su mano.

Desde su lugar junto al fuego, la hija del notario alzó una mirada angustiosa.

-Es espantoso -dijo, y la miré con cierta lástima.

-Sí que lo es -El alcalde siguió aplicadamente el humo de su cigarrillo. Recordó:

-La chica dijo haber visto a un personaje estrafalario, pero ninguno la creímos.

El notario frunció los labios. Por su cabeza pareció cruzar un pensamiento desagradable.

-Es cierto -reconoció. -Yo tampoco creí que dijera la verdad. El novio no tenía coartada, y allí estaban los cabellos, en manos de María.

-Y los dos fueron procesados por asesinato -dijo tensamente su hija.

La esposa del alcalde suspiró de nuevo, y sus hombros se

estremecieron.

-Y entonces llega el sobrino, compra la casa y se instala en ella, como si nunca hubiera roto un plato... -añadió con dignidad.

En aquel momento el tren correo emitió un largo silbido, mientras subía la cuesta hacia el túnel. Las idas y venidas de los trenes eran los únicos acontecimientos en estos lugares. El alcalde consultó la hora en un grueso reloj de pulsera.

-El tren lleva retraso -dijo. -Será por la nieve. -Su esposa no pareció haber oído el comentario y siguió con el tema.

-¿No sospechó usted del sobrino en un primer momento? -me preguntó, y yo vacilé.

-Hizo amistad conmigo, de tal forma que llegó a convencerme -le dije. -El notario se frotó suavemente la mejilla.

-No fue usted el único engañado -observó, dando un vistazo a su hija. Yo seguí explicando despacio:

-Mientras el niño, quizá por miedo, se había tragado el pendiente. Fue cuando lo llevé a reconocimiento; creí que se trataba de un ataque agudo de apendicitis.

-¿Cómo descubrieron el pendiente? -preguntó la superiora, interesada.

-Hicieron una radiografía -expliqué. -El pendiente se había alojado en la pared del estómago.

La hija del notario alzó la cabeza. advertí el gran parecido que tenía con su padre.

-Por favor, ¿no pueden hablar de otra cosa? -suplicó.

La superiora se había levantado; nos ofreció una bandeja de pasteles, y yo escogí uno de crema. Luego, quizá por sustraer a Elías de la conversación, lo cogió de la mano y lo sacó del recibidor. Se lo agradecí sinceramente. Como imaginaba, el ruego de la muchacha no tuvo ningún efecto.

-De algo hay que hablar -intervino la hermana del marqués, en tono provocativo. -No creo que eso nos afecte a ninguno.

Ella la miró con un asomo de rencor, pero no dijo nada. El alcalde carraspeó.

-Las señas del buhonero coincidían con las del hombre que había descrito la muchacha -observó, mirándome. -Encaró usted al chiquillo con el asesino de la señora, y él lo reconoció por los ojos.

No pude contestar, porque tenía la boca llena: había mordido el pastel, confeccionado por las monjas a las mil maravillas. Hubo un silencio embarazoso, y la hermana del marqués movió la cabeza. Preguntó:

-¿Cómo pudo explicarle el asesino a Elías lo que tenía que hacer? -Fue el notario quien le contestó.

-Eso no sería demasiado difícil para un hombre astuto como él. Debe tener la cualidad de convencer a personas inocentes.

Miré a la chica, que se calentaba las manos en el fuego, y di mi versión de lo ocurrido.

-Yo mismo he comprobado que el chiquillo, aún con una inteligencia muy limitada, es capaz de ciertos razonamientos sencillos. Al niño le gustan los dulces, y él le mostró una golosina, indicándole de alguna forma lo que tenía que hacer para ganársela. -El alcalde tiró su cigarro enmedio del fuego de la chimenea.

-Para el niño debió resultar un juego divertido -observó. -Su esposa asintió vivamente.

-Sería el brillo de las alhajas lo que le hizo quedarse con una pequeña parte -lo interrumpió. -Eso sucede con algunos pájaros. Con las urracas, por ejemplo.

Yo me sentí dolido con la comparación. El alcalde siguió perorando, en el mismo tono en que lo hacía en el ayuntamiento. Dijo con voz pomposa:

-Cosa que no sospechaba su inductor, y que hizo que lo descubriéramos. Él creía que todo el aderezo estaba en casa del novio de la chica, y por suerte pudimos hallar el pendiente.

Fue a levantarse para coger un nuevo pastel, pero la hermana del marqués le acercó amablemente la bandeja.

-¿Cómo no lo vieron el leñador y su familia? -preguntó. Yo contesté en voz baja.

-Acostumbraba a guardar pequeñas cosas, como piedrecillas de colores, y una canica de un color verde brillante, que no logré que soltara durante su enfermedad -expliqué. -Muchas veces lo he sorprendido contemplando sus tesoros, que guardaba celosamente.

La superiora volvió a la habitación, sin el pequeño. Traía una bandeja con vasos pequeños y dos botellines. La dejó junto a los pasteles.

-Coman, coman -nos animó. -Y tomen una copita.

El alcalde cogió un pastel de chocolate y lo engulló de un bocado. Arrugó el entrecejo, como si estuviera considerando un tema difícil.

-Son curiosas las reacciones de una criatura así -dijo, después de tragar el pastel. Yo asentí.

-Y en cierto modo imprevisibles. -Él preguntó con aire distraído:

-¿Cómo fue que se tragó el pendiente?

Yo dudé antes de contestar.

-No he podido saberlo -dije. -Quizá por accidente, quizá se dio cuenta de que algo grave había sucedido en la casa, y tuvo miedo.

-El resultado fue el mismo -dijo él, pensativo. Yo asentí.

-Se salvó por poco de una perforación de estómago, y nos puso sobre la verdadera pista.

El alcalde había encendido un nuevo cigarrillo. Expulsó el humo despacio.

-He oído que, cuando se vio cercado el asesino, tomó una actitud violenta. -Yo afirmé gravemente.

-Últimamente ha añadido unos datos que complementan la historia -dije, y percibí miradas de curiosidad. La hermana del marqués se había incorporado en el asiento.

-¿Nuevos datos? -dijo con voz chillona.

-Sí, en lo referente a las setas venenosas. Él mismo las mezcló con las inofensivas. La señora Ramos las había comido muchas veces, y siempre preparadas por la chica. Acostumbraba a cogerlas desde niña, y nunca se había equivocado. -La esposa del alcalde asintió.

-Recuerdo que la chica se extrañó mucho por el envenenamiento, y aseguró haber cogido las buenas setas -dijo. -Yo misma se lo oí. -Yo asentí con un gesto.

-También se extrañó la señora, lo que la hizo entrar en sospechas. -La hermana del marqués suspiró.

-Nadie puede estar tranquilo, hay peligros por todas partes -dijo con aprensión. Yo sonreí ante su inquietud. Me la imaginaba mirando debajo de la cama, como la típica solterona de los cuentos, antes de disponerse a dormir. Luego me dirigí a la alcaldesa.

-La señora Ramos no tenía seguridad completa, pero sospechaba que el sobrino había tenido parte en ello -expliqué.

Hubo una pausa en la conversación, y la superiora nos sirvió unas copitas. Nosotros bebimos anís dulce, mientras que las señoras consumían un vasito de mosto. La puerta se abrió, y una monja menuda entró en el recibidor.

-¿No está por aquí la hermana Gabriela? -preguntó, recorriendo la estancia con la mirada. -Los ancianos están impacientes por abrir los regalos.

-Pueden abrirlos ya -dijo la superiora, y ella salió, después de inclinar la cabeza. La hermana del marqués le tendió un paquete alargado.

-Tenga, madre. Esto es para usted.

-El paquete tenía etiquetas plateadas, y los ojos de la superiora

brillaron de curiosidad. Debajo del papel con motivos navideños había un hermoso tostador de pan.

-Es para sus ancianos -dijo la melliza con orgullo. -Lo ha mandado mi hermano expresamente. ¿Le gusta? -Ella asintió, encantada.

-Es una maravilla -dijo, con expresión de asombro. -Déle las gracias de mi parte.

-Ustedes lo merecen todo -dijo ella. -Doctor, aquí hay algo para usted.

Era un par de guantes de piel, bien forrados, y exactamente para la medida de mis manos. Los agradecí encarecidamente, y ella siguió repartiendo los regalos. Luego, como yo me temía, volvió el tema del crimen a la conversación.

-Estaba pensando en la señora Ramos -dijo la hermana del marqués. -Siempre pensé que dejaría heredero a su sobrino. Aunque me alegré, desde luego, de que cambiara el testamento a favor del asilo -añadió, mirando a la superiora que sonreía. -Pero debo reconocer que me extrañó cuando lo supe.

El notario dio una larga chupada al cigarrillo.

-Un buhonero con los ojos verdes... -dijo, pensativo. -Al asesino lo perdió su excesiva confianza.

Se puso en pie y habló desde su altura, dominándonos a todos. Añadió:

-No pensó nunca que el chiquillo, una vez de vuelta en el pueblo, hubiera podido reconocerlo por los ojos.

-Una pregunta -dijo la esposa del alcalde, un poco ruborizada: -¿Cómo es que la señora Ramos no se dio cuenta de las visitas nocturnas del obrero?

La superiora le dirigió una mirada rápida. Para ella, el asunto se estaba poniendo un poquito escabroso. La hermana del marqués, gracias a su proximidad con la vivienda, pudo dar una explicación.

-El dormitorio principal estaba apartado de la trasera de la casa, y la muchacha era la única que entraba y salía por allí. Había una puerta trasera que daba al corral, y a la cocina. -Yo asentí.

-A esa hora no habría nadie en la calle -dije. -Amparándose en la oscuridad, el novio podía entrar y salir a su gusto.

La esposa del alcalde alzó las cejas, interrogante.

-¿Sabía el sobrino que el obrero estaba en la casa? -preguntó. Vi que la superiora es removía, molesta; no era aquel un tema apropiado para un asilo de monjas, en una fiesta de navidad. El notario movió la cabeza.

-No creo que lo supiera -intervino. -Aquello no fue más que una coincidencia que lo ayudó en sus planes.

Sonrió con cierta ironía. Parecía sentir un cierto desprecio hacia las mujeres y sobre todo si, aparte de ser bondadosas, eran algo tontas. No pensé que María Ramos lo hubiera sido nunca. La hermana del marqués había desenvuelto un último regalo, y lo mantuvo en alto para que todos lo viéramos. Era un reloj despertador metido en un estuche de piel.

-Tiene pilas -dijo, muy ufana. -Lo ha comprado mi hermano expresamente para mí. De esa forma, nunca me olvidaré de que tengo que darle cuerda: no la necesita.

Varios en la reunión sonreímos. La hija del abogado miraba con atención el fuego del hogar. La esposa del alcalde volvió al ataque:

Qué cosas -suspiró. -El asesino podía haberse encontrado con el otro en la casa, y entonces todo se hubiera complicado. ¿No les parece? -Su marido movió la cabeza.

-El novio hubiera escapado. ¿Cómo explicar su presencia allí?

-De todas formas, él aguardó en el dormitorio -dije yo. -Fue la chica quien vio al asesino, cuando huía por la puerta del corral.

La hija del notario me miró. Sus facciones eran correctas, pero muy afiladas, y su color demasiado pálido para ser atractivo. Comparé su delicada palidez con el rostro atezado del hombre de quien había estado

enamorada, y de quien quizá lo estaba todavía.

-¿Y la huella en el mantel del altar? -preguntó. Yo entorné los ojos, recordando.

-A la muchacha parecía perseguirla la mala suerte -dije luego. -Las suelas eran de esparto, de una clase muy corriente que venden en la tienda del pueblo. El pie era pequeño, y coincidía con su número. En aquella ocasión nadie pensó que el pequeño personaje hubiera entrado por la ventanilla. Todos la creyeron cómplice en el robo del aderezo.

Me parecía ver al asesino, robusto y ágil, fuerte y moreno, con una sonrisa seductora y los ojos de un color verde intenso. Debía tener un gran atractivo para las mujeres. La esposa del alcalde volvió a intervenir, con una voz aguda:

-¿Por dónde entró el asesino en la casa? Tengo entendido que la puerta del corral se cierra con cerrojo, y hay que abrirla por dentro. -En la voz del notario había una nota de aburrimiento cuando contestó:

-Eso es lo que confundió en un principio a la policía. Todo el mundo sabía en el pueblo que esa puerta se cerraba por dentro, y que sólo la chica podía haberla abierto.

-Por eso mi esposa no quiere muchachas jóvenes sirviendo en la casa -intervino el alcalde, riendo su propia gracia. El abogado no se rió. En lugar de eso, volvió a quitarse los lentes para limpiarlos, como si reflexionara intensamente. Dijo por fin:

-A nadie se le ocurrió que el asesino entrara por la puerta principal, abriendo con una llave.

-¿Y fue así? -preguntó la melliza. Él afirmó con un gesto.

-El sobrino había sacado un molde de la llave, mientras vivía en la casa. Cuando se marchó, tuvo buen cuidado de llevarse la llave consigo.

Hubo un corto silencio, en que se oyó el crepitar de las llamas. Yo intervine de nuevo:

-En un principio debió pensar en haber entrado a robar solamente,

pero pronto se convenció de que ello no era posible, y menos cuando la anciana lo oyó abrir la puerta principal y él la oyó incorporarse en la cama.

Me había puesto en pie, y fui hacia la ventana. Desde allí me volví, dando un vistazo a la habitación y a todos sus ocupantes. Los objetos brillaban, ordenados, y los morillos en la chimenea relucían de limpios. Recordé el día en que yo había llegado al pueblo, muy joven: nada había cambiado desde entonces en el recibidor del asilo de ancianos. Era como si el tiempo no pasara por allí.

-Entonces se vio obligado a golpearla -dije gravemente.

-¿Un poquito de anís? -me ofreció la superiora. Yo sonreí ante la interrupción.

-Ya estoy pensando en venir aquí cuando me jubile -le dije. -No creo que pueda encontrar ningún sitio mejor.

Era noche cerrada y yo tenía que marcharme, aunque me ponía un poco triste dejar el niño allí. Pensé que era mejor que no me viera; quizá así la despedida se haría menos dolorosa. Los demás habían venido en el coche del notario, pero yo quizá tuviera que bajar al pueblo a pie. Todavía, para mi inquietud, hubo una nueva alusión al tema, y fue el alcalde quien la expresó.

-Es extraño que la policía no sospechara en un principio del sobrino de la señora Ramos -dijo, moviendo la cabeza. Yo me encogí de hombros.

-Nadie lo relacionaba con el caso, ni nadie lo había visto en el pueblo. Acudió a los funerales de su tía, llevando la única representación familiar, y por otra parte se sabía que la herencia pasaría al asilo -expliqué. -Nadie conocía la existencia de las joyas, ni del dinero en efectivo. Al parecer, no existía móvil para el asesinato.

El notario hizo un gesto nervioso.

-Pero a mí nunca me gustó ese muchacho -dijo gravemente. La esposa del alcalde intervino de nuevo, con su voz atiplada que hacía

maravillas los domingos en el coro de la iglesia.

-¿Qué hubiera pasado si el niño asiste al funeral, y se le abalanza durante la ceremonia? -preguntó, mirándome

-Hasta aquí, el asesino tuvo suerte -dije. -Es cierto que la mayoría de los chicos del pueblo estaban allí, pero el niño convalecía entonces del sarampión. Yo mismo le había mandado reposo, y encargué a la familia que no lo dejaran moverse de la cama.

Sonó una campanilla, y la superiora se levantó.

-Es la hora de la cena de nuestros ancianos -dijo. -Ustedes me van a perdonar.

La reunión había terminado, y los invitados nos pusimos en pie. Vimos pasar algunos asilados hacia el comedor, en compañía de una monja. Cruzaron hacia una puerta grande y maciza que había hacia el final del corredor. Yo saludé a la superiora, inclinándome.

-Vendré a menudo a ver al niño -dije. -Si le parece bien, puedo llevámelo alguna vez a mi casa. Y no dejen de avisarme si surgiera algún imprevisto. -Ella me miró, sonriente.

-No se preocupe, doctor. El niño estará bien.

Cuando salimos, el alcalde me detuvo un momento. Había sitio en el automóvil para mí. Una vez en el coche, y siguiendo el hilo de sus pensamientos, comentó:

-El azar ayuda algunas veces. -El notario se había sentado ante el volante, y el vehículo arrancó despacio.

-Y otras veces hunde al asesino -dijo, sin apartar los ojos de la nevada carretera.

***

EPÍLOGO

Ha pasado el tiempo, y en el lugar han cambiado pocas cosas. Yo estoy algo más viejo, aunque me voy defendiendo.

Juana, la criada de la señora Ramos, se casó con su novio en la iglesia del pueblo. La esposa del alcalde fue la encargada de hacer una colecta, con el producto de la cual ella y varias mujeres fueron a la ciudad para comprarle un equipo decente a la novia.

Elías tiene trabajo. Las monjas estaban remozando el asilo, y el número de ancianos acogidos había aumentado en casi el doble. Por eso, era precisa una persona joven para llevar a cabo algunas tareas, y al mismo tiempo conducir una mula, acarreando los productos que daban las fincas heredadas de la señora Ramos.

El notario ha sufrido un amago de infarto, y no trabaja ya. Se ha trasladado a su casa del pueblo, donde al parecer está escribiendo sus memorias. Su hija no se ha casado: hace de secretaria suya, y pasa a limpio las páginas que él garabatea con su letra difícil. De cuando en cuando, el notario me llama para que le refresque la memoria: pasamos buenos ratos recordando viejas historias de la Sierra. Un día, sin saber cómo, hemos empezado a tutearnos.

-La pobre María- me dijo. -Yo la recuerdo muchas veces. Mi vida hubiera sido más feliz con ella, ¿No crees?

-Quién sabe- dije yo. -Todos tenemos marcado un camino. Es posible que el que nos ha tocado sea el mejor para todos. Al menos, así debes pensarlo.

Él asintió en silencio. Sus páginas escritas aumentan de mes en mes, mientras yo sigo recorriendo estas breñas a lomos de mi viejo caballo. Mi vida está llena de agradables recuerdos. De cuando en cuando voy a la

ciudad, y siempre estoy deseando volver a mi casa. Rosario me aguarda rezongando, como de costumbre.

-Va usted poco abrigado -me dice. -Estaría bueno, que el médico del pueblo fuera a coger una pulmonía. ¿No se da cuenta? Iba a dejarnos muy mal -afirma, pluralizando.

O bien:

-¿Otra vez sin sombrero, doctor? ¿No ve que va a acoger una insolación, por esos caminos de Dios?

En fin, el tiempo fluye. Algunos de nuestros jóvenes empiezan a volver: dicen que al parecer se está poniendo de moda la naturaleza. Vienen a las fincas de sus padres, proyectan novedades que los viejos de aquí acogen con evidente desconfianza.

Pienso que la ciudad los ha rechazado, como yo preveía hace tiempo. O quizá, como pronosticaba el notario, sienten la necesidad de volver a sus raíces.

Llaman a la puerta. Es Elías, que como todos los domingos está invitado a comer en mi casa. Ha crecido mucho, y está bien cuidado por las monjas, y hasta un poco demasiado grueso. Creo que, como siga así, va a terminar siendo un verdadero mocetón.

De la enfermera, no he vuelto a saber nada. Alberto, el sobrino de la señora Ramos, fue condenado a reclusión perpetua, por asesinato, con las agravantes de nocturnidad y alevosía.

Veo algunas veces al marqués, en sus rápidas visitas al pueblo, siempre entre el cotilleo de una de las gemelas y las lamentaciones de su hermana. Casi siempre, las crisis reumáticas de ésta coinciden con las mías. La receto aspirinas y vitamina C: por experiencia, sé que es lo único que nos puede ayudar.

-Mi hermano me ha traído una manta eléctrica, doctor -me dijo el último día. -No es una manta pequeña, sino que coge toda la cama -afirmó, en tono admirativo. -Es una manta preciosa, y la recomiendan

para el reúma. ¿Cree usted que me lo curará?

-Creo que le irá muy bien -le dije yo. Ella movió la cabeza.

-A mi hermana, en compensación, le ha regalado una máquina de tricotar.

-Ah, qué bien -dije yo, sin saber qué comentar. Sentía apetito, y en casa me aguardaba un estofado que preparaba Rosario en la cocina cuando salí. Me despedí del marqués a la puerta. Estaba próxima a la Navidad. Hacía dos años que dejé al muchacho con las monjas.

-Recibirá algo en su casa -me dijo el marqués. Yo rechacé su ofrecimiento con palabras entrecortadas.

-No se moleste -dije -Es usted demasiado amable.

Aquella tarde, Elías llegó con un enorme paquete.

-Es del marqués -me dijo, satisfecho. Yo no disimulé mi sorpresa.

-Ábralo -dijo Rosario, limpiándose las manos en el delantal.

Lo abrí, con cierto nerviosismo. Era una suave manta, acompañada de una nota del marqués.

-"¡Ojo!" -decía. -"Se enchufa a 220 W".

Respiré: menos mal que había cambiado hacía años el contrato de la luz.

Knossos. Colección de Misterio